

FBI

Selecciones

R

**DANGER
IMMEDIAT**

**Jim
Murray**

**CARA
ES LA
VICTORIA**



Qui
était
contre
qui?

**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

Jim Murray

**CARA ES
LA VICTORIA**

© JIM MURRAY

Derechos reservados por

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

PINTO (Madrid)

Publicación semanal

aparece los viernes.

Printed in Spain
Reedición

D. L. M. 7.776-1971

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPITULO PRIMERO

EL CRIMEN DE BERKELEY

ALARGÁNDOSE, interminable, se extendía la carretera de Lodi a Stockton, en California.

Lil Montrose, al volante de su «Roadster», notaba los efectos del furioso estío. Lejos divisó un nubarrón amarillento, cerniéndose a ras de tierra entre el valle y su camino. Una milla más y se sumergió en la masa de polvo que hacía irrespirable la atmósfera.

Cruzado en medio de la ruta, como interceptándola, vio a un jinete montado en un caballo pinto, vuelto de espaldas, Lil dominó su mal humor —al frenar y exponerse a aquel caos de inmundicia—, contemplando fascinada el magnífico espectáculo.

Centenares de cabezas de ganado, mugiendo, irritadas por el calor, cruzaban la carretera, levantando oleadas de tierra tamizada. Era una bella estampa de color: un rebaño inmenso dominado y encauzado por el coloso que se mantenía en pie sobre el estribo. El hombre —al que Lil aún no había visto la cara— vestía el traje típico de «cowboy»: pantalón de dril embutido en recias botas, chaleco de pana verde y una camisa multicolor. Tenía en la mano una fusta, que hacía silbar sobre su cabeza y parecía absorto en su tarea.

Lil Montrose hizo sonar el «claxon» del automóvil, detenido ya. Pero su estridencia produjo más alarma o sorpresa en las bestias que en el hombre. Porque ni siquiera volvió la cabeza, atento a su labor o despectivo. La joven insistió, aplastando la mano sobre el centro del volante.

—¡Estoy contando! —gritó una voz fuerte y varonil, sin énfasis—. ¡Un momento!

El instante prometido tenía trazas de eternizarse. Lil se reclinó en el asiento, deprimida. Comprendió su error al bajar la capota del vehículo en Lodi, para aprovechar el viento producido por la velocidad. Al detenerse, el sol empezó a quemar su piel y la invasión polvorienta continuaba cubriéndola de pequeños corpúsculos. Al extender una mano para apoyarse en la portezuela más a gusto, la retiró con un grito. ¡El metal ardía!

Un cuarto de hora después se contemplaba, en el espejo retrovisor, como si estuviese viendo a una desconocida. No quedaba ni rastro del cuidadoso maquillaje, y la tersura de su frente desaparecía bajo una capa de suciedad. El «momento» había

pasado, sin duda; pero lo que parecía inagotable era la masa bullente, que surgía un instante de la bruma para perderse de nuevo a la derecha. Por última vez, en plena atonía, Lil hizo gemir la bocina del automóvil. Entonces el jinete se volvió de mala gana. Y se acercó al «roadster» con una calma desesperante.

—¿Mucha prisa? —preguntó, cortés—. Sólo trataba de trasladar mis pobres animales a otros pastos mejores... —explicó—. Apuesto a que es usted de San Francisco...

No estaba el horno para magdalenas, ni Lil Montrose para conferencias; pero asintió. Aquel hombre tenía en sus manos la varita mágica para abrir su camino.

—¡Déselas usted de adivino, ahora! —exclamó ceñuda—. No es difícil identificar mi ruta leyendo la matrícula del coche...

—¡Se equivoca, señorita! —contestó el hacendado—. ¡No la leí!; no puede leerse estando llena de polvo. Pero no es difícil catalogarla a usted como de la ciudad. Esa costumbre de verse obedecida al instante lo dice sin palabras. ¿Para qué tanta prisa? ¡Hay que vivir el momento que pasa!...

—¡Gracias, Moisés! Por haber apartado el mar de cabezas... —gritó ella.

El hacendado no necesitó alzar la voz para que llegase, clara y audible, hasta la mujer.

—De nada, *miss* Montrose —fue la extraordinaria respuesta—. Cuando haga su nueva película del Oeste...

Entonces..., ¿la conocía? No tenía nada de extraño, porque Lil, bajo su nombre estelar de «Bárbara Kent», era muy popular en Los Angeles. Y a nadie le gusta tanto ver películas de vaqueros como a los rudos hombres de California, Nevada y Arizona. La cinta más dramática los hace reír, comentando, alborozados, el trucaje y las «hazañas» de los protagonistas.

Su coche, su vestuario y su casa en Santa Mónica los había ganado gracias a la afición despertada por aquellos centauros.

Ya en Stockton, en plena carretera general, enfiló como una saeta la recta hacia Berkeley, bordeando la bahía. ¡Allí se estaba mejor! La pista de cemento no producía polvo, y la fresca brisa del atardecer aventaba su fatiga. El motor rugía, poderoso, rítmico, con todos los caballos encabritados en un esfuerzo formidable. Los postes de indicación, los árboles parecían avanzar como flechas, breves y ululantes, inclinados por un efecto de óptica.

Los caballos mecánicos se convirtieron en orugas que devoraban millas, en un insaciable afán de vértigo y velocidad. La masa gris de Berkeley se dejó ver, no muy lejos, a la izquierda. Tras de la recta

infinita, una curva en ángulo recto dejaría en pleno trasiego ciudadano a Lil. Oakland, el transbordo, y Frisco... ¡Qué ganas tenía de llegar!

Precisamente en aquella curva, dos hombres acechaban el avance del «roadster», dispuestos a aniquilarlo con su carga humana. Lo espiaban con unos prismáticos, desde una loma, muchas millas atrás. Eran dos rufianes sin escrúpulos, auténticos «killers», que habían recibido un encargo: impedir la llegada de la joven a Berkeley y San Francisco a cualquier precio. Un salario de crimen los aguardaba, de salir triunfantes.

—Probaremos primero el recurso de la roca —dijo uno de ellos, macizo y chato, bestial—. Si no diera resultado, cuando se detenga el coche lo atacaremos a tiros. ¡El F. B. I. no puede recibir esa denuncia!

—¿Y luego, Burt? —preguntó el más joven de los desalmados, agitando las aletas de su nariz como un ave de presa.

—Irás hasta Lodi y silenciarás al viejo, Ray. ¡La tarea es sencilla! —explicó el tipo del costurón en la mejilla—. El jefe lo quiere así. ¡Vamos! —Acució.

La roca fue basculada con energía. En realidad, no se hubiera movido de no haber estado trabajando ambos individuos quitando el calzo que la sujetaba. Hubiese permanecido allí, inmutable, como lo estaba desde hacía milenios. Dando color y belleza al paisaje costero. Por segunda vez, en horas, Lil Montrose iba a encontrar su camino interceptado.

Pero esta vez fueron rocas y cascajo, no reses. Al desprenderse la mole, basculó e inició su vertiginoso descenso, arrastrando tras de sí pequeñas masas vegetales; estremeciendo la tierra con su trepidar sonoro. El lugar estaba elegido con maquiavelismo por un astuto cerebro. La oscuridad y la impaciencia de la joven se sumaron fatalmente en aquel contubernio de muerte.

Lil no pudo parar tan de improviso cuando advirtió el alud. De haberlo hecho, hubiera quedado aplastada por aquella estampida de piedra. Así, se dispuso a tomar la curva a toda velocidad, confiándose al derrape de la carretera. No pensaba en la posibilidad de un complot, y el haberlo intuito no la hubiera reportado ninguna ventaja.

El ser satánico que preparó la emboscada había previsto cualquier contingencia; nada había quedado al azar. Los pistoleros, agazapados, no temían que la joven pudiera escapar, porque habían sembrado de clavos la pista. De un modo o de otro, Lil Montrose debía morir... ¡Y moriría!

El «roadster» amarillo patinó cuando varias puntas aceradas mordieron los neumáticos. Un doble reventón hizo a la joven perder el control del coche; desviar su dirección, implacablemente, hacia el farallón que protegía la carretera. Y el coche dio varias vueltas de campana antes de lanzarse hacia el abismo. Pareció permanecer unos segundos inmóvil y luego se desplomó en las aguas de la bahía.

Una zambullida terrorífica acogió a la mujer, que iba muerta ya en su estuche metálico. Se levantó una aparatosa columna de agua, que volvió a la horizontalidad con pausa. Muy despacio, como una proyección tomada con cámara lenta. La misma Naturaleza quiso enseñar algo a la «estrella» de cine. Puso un «the end» dramático, incomparable, en su carrera triunfal.

Lil Montrose visitaba a su padre, en Lodi, muy de tarde en tarde. Y el rancho del viejo estaba solo, aislado del pueblo, llegándose a él por un camino independiente. No era fácil que ningún vecino hubiera advertido a la joven. Por otra parte, el cartero de Lodi se encargaría de borrar huellas y sospechas. Aprovechando la contingencia de su oficio para buscar en la hacienda solitaria.

Todo estaba preparado con minuciosidad, a pesar del poco tiempo que hubo para trazar el plan; desde el momento en que un hombre habló con Lil, y supo que ésta pensaba comunicar al FBI ciertas sospechas.

—Hoy es festivo —la dijo, sonriente y cordial. Te va a recibir un subordinado, que renegará de ti. ¡Es mejor el lunes!

—Pero es que yo no debo esperar —protestó la joven, guiada por una extraña premonición—. Tengo que decírselo a alguien...

—Ya me lo has dicho a mí, y no veo nada extraordinario —insinuó el tipo—. ¿Heroína? ¡Bueno! Eso es una epidemia nacional. Creo que la misma Policía está complicada en el asunto.

Era una monstruosidad, pero Lil había oído hablar de compadrazgos y de prevaricaciones. Estudió a su interlocutor; pero sólo pudo ver en él un aire cordial y simpático. Como si necesitase remachar su aseveración, el hombre posó una mano —pequeña y bien manicurada— sobre la temblorosa e inquieta de la joven.

—Sólo tengo confianza en Harry Gold —añadió. Dicen que tiene un corazón tan «noble» como su apellido. Hasta el lunes no regresará, y pienso, pequeña, que es el hombre a quien debes dirigirte.

—Pero... mientras tanto...

—Mientras —retrucó el consejero— serena tu espíritu; un paseo no te iría mal. ¡Y quizá tu viejo pudiera orientarte! ¡Está tan sólo en

su rancho!

¡El viejo y querido Sammy Montrose!... El hombre que odiaba la ciudad y seguía de lejos la carrera triunfal de su hija. Lil pretendió aquietar sus nervios con una sonrisa.

—¡Es cierto! —exclamó—. Lo tengo olvidado. Iré a ver a mi padre y tomaré consejo de él. Supuesto que se relaciona con el asunto, de lejos.

«No tan de lejos», pensó el hombre. Y añadió, en voz alta:

—Sí. ¡Debes verle! Déjame su carta, y, en último extremo, yo iré a mostrársela a Gold el lunes...

La carta de míster Montrose estaba en poder del consejero de Lil. Que no pensaba entregársela a Harry Gold, ni mucho menos. La había leído un par de veces más, sin decidirse a destruirla. Decía lo siguiente:

«Estoy bien, hijita; todo lo bien que me permite el reuma. No te preocupes por mí; tengo fondos suficientes para una temporada.

»Y voy a decirte algo extraño que me ha sucedido. Hace un par de días, paseando por estas soledades, advertí a unos tipos que salían de la propiedad. No podían ser cuatreros; eso ya no se ve más que en “tus” películas. Por otra parte, la docena de caballos que me distraigo en criar no despertarían la codicia de un abigeo.

»Era al atardecer, y me acerqué hacia la Roca del Ciprés. Entonces vi a los tres individuos. Parecían forasteros. En el primer momento pensé que tal vez fueran cazadores furtivos; luego, la idea me hizo reír.

»Avancé hacia ellos, y, al verme, corrieron. Era absurdo que un viejo hiciese huir a tres mozarrones, pero sucedió así. ¡Cuando mi deseo hubiera sido darles un cigarrillo y charlar un rato!

»Los perdí de vista, porque un coche los esperaba fuera. Sin duda vieron algo extraño en la finca que les llamó la atención. Entraron y salieron: ¡a eso queda reducido todo! No pudieron robarme lo que no tenía.

»Por cierto, hijita, que a uno de ellos se le cayó un frasquito, de cuyo contenido te envío una muestra. ¿Qué puede ser? No te dije que llevaban entre dos de ellos un bulto grande (parecido a una

maleta), que no pude observar bien a contraluz.

»P. D. —Tenía escrita esta carta para enviártela anoche; pero no lo hice después por pereza de llegarme hasta el pueblo. Ahora es medianoche, y la idea ha acudido a mí con maravillosa claridad. ¿Es posible que los tipos sean contrabandistas y hayan elegido el rancho como escondite? Ya sabes que está a mitad del camino entre San Francisco y Oakland, Berkeley, Stockton y... Sacramento, la capital.

»Exceptuando Los Angeles y San Diego, las principales ciudades de California están alrededor de la casa. No sería mal lugar de distribución, aprovechando que soy un viejo fósil y que no salgo de la casa. ¿Serán drogas, Lil? ¡Entérate!

»Tu padre, que tal vez desvaría,

Sammy».

* * *

Lo cierto es que Lil Montrose examinó la muestra remitida y no encontró absurda la sospecha de su padre. Un pánico terrible la invadió y siguiendo las sugerencias, fue en busca del anciano y de la muerte. Su consejero era el último a quien debió recurrir. Aunque tenía una explicación plausible de su acto.

Al cabo, el misterioso lector rompió la carta. Agrupó sus trozos en un montoncito y los quemó, observando atentamente la diminuta pira. Luego de aplastar las cenizas, se marchó, satisfecho, a continuar su tráfico siniestro.

«¡Bah! —murmuró—. Ese idiota de Gold no sabrá nunca nada».

Lil, muerta; Sammy Montrose, muerto; la carta, quemada, y la denuncia, en suspenso. Al día siguiente se echaría de menos a la artista de cine. Se dejarían pasar un par de horas antes de sustituirla por una mujer de su tipo y estatura: un «doble». Luego se la haría buscar y la desaparición produciría un revuelo.

Pero sería rastreada por el Sur, hacia la bahía de Monterrey, en pos de una falsa pista. Nadie asociaría su desaparición con el accidente que se produjo en la carretera de Berkeley a Stockton. Y el criminal negocio podría continuar impune.

* * *

Sólo un hombre conocía el paso de Lil Montrose y era el ganadero que obstaculizó su paso y la escoltó con sanos consejos.

Aquel joven era un entusiasta de la artista, aunque no aprovechó la ocasión para manifestarlo. Iba a tardar en leer los periódicos en que figuraba su desaparición. Tardaría más aún en vencer su inercia y decidirse a caminar hacia la ciudad. ¡Pero lo haría, al cabo!

II

EL JEFE SUPREMO

UNAS horas más tarde, Burt Parowan cruzó el inmenso Bay Bridge, que une Treaburn Island's con San Francisco. Los cables de acero, solidísimos, parecían tenues hilos de araña que sujetasen la gigantesca construcción. El bandido los admiraba pausado. No tenía prisa y parecía un desocupado madrugador. Nadie podía decir —al ver su andar calmoso y la apacibilidad con que fumaba— que tenía sobre su conciencia —recientes— dos muertos.

Cuando pisó tierra firme, la inmensa ciudad empezaba a despertar de su sueño diario. A su derecha, muy lejos, se alzaban los «*buildings*» rascacielos de la zona comercial; a la izquierda, el distrito de Potrero. Mucho más cerca, nada más pasar el terminal férreo, el sórdido Chinatown, enquistado entre la Montgomery y la Stockton Street. Allí se encaminó Burt.

Su jefe, el misterioso «boss» que dirigía aquella organización, no accedería a verle con su catadura actual. Antes, Burt tenía que acicalarse debidamente, afeitarse y cambiar de atuendo. El millonario a cuyas órdenes estaba jamás consentiría entrevistarse con un tipo desaseado. Como no fuera en una situación de emergencia. Era un refinado, y, además, un personaje influyente, admitido en las altas esferas sociales.

Pero el jefe del criminal negocio era demasiado astuto para permitir la visita de Burt, incluso envuelto en prendas selectas. No era partidario de recibir gentes cuyos pasos pudieran ser controlados. Y Burt penetró en el edificio valiéndose de un truco ya usado.

En la calle trasera de Moncada penetró en una casa de la misma manzana, dedicada a oficinas de importación en todo su piso primero. Allí era conocido, al parecer, pues varios empleados le saludaron. Y Burt pasó a hablar con el jefe del negocio; nadie debía molestarles mientras estuviesen reunidos.

Lo cierto es que McLaren —el testaferro importador— era otro siervo del «boss», encargado de mantener abierta la vigilancia, siempre aquella salida de urgencia. A una seña de Burt, el hombrecillo calvo y de rostro benévolo se dirigió a un armario archivador, oprimiendo un resorte.

Al encenderse una lucecita de aviso, el armario giró alrededor de un eje invisible y quedó abierta una puerta simulada en la pared.

Cuando Burt se deslizó por ella, el calvo abrió una gramola y puso un disco con reducida intensidad sonora. Allí estaba grabada una conversación intrascendente entre Burt y él, con miras a una coartada. Las palabras se sucedían con agobiadora monotonía y podían ser repetidas cuantas veces fuera necesario.

De aquel modo, los empleados de la McLaren Corporation podían jurar siempre que Burt permaneció hablando con su jefe. Cuando, en realidad, el bandido estaba recibiendo instrucciones del «boss».

Burt ascendió un pequeño tramó de escaleras —necesario por la diferencia del nivel entre las dos casas contiguas—, y al cabo de una breve espera, fue recorrida una puerta. Como la anterior, no era sino un panel deslizable, imposible de advertir incluso en un registro minucioso.

El tipo que enfrentó a Burt no parecía muy hablador. No perdió el tiempo en saludos. Al menos sus primeras palabras, duras y premiosas, fueron para preguntar:

—¿Lo hicisteis?

—Sí, jefe —aseguró Burt, enfático—. Y le aseguro que no quedaron huellas de nuestra intervención. Por lo menos en cuanto a Lil se refiere... El otro asunto lo hizo Ray solo. Y aún no he tenido tiempo de verle después. Me llamó por teléfono (con las debidas precauciones) a Berkeley...

—Está bien —atajó el «boss» en la habitación en sombras—. De todos modos, no hay que perder de vista a Gold. El maldito sabe algo del comercio y te comisiono que le vigiles discretamente. Necesito cada día un informe de sus actividades, más o menos completo. No conviene que le pierdas de vista. Utiliza los hombres que necesites y pide dinero cuando te haga falta. McLaren te pagará ahora.

—¿Algo más, jefe? —preguntó Parowan, disponiéndose a retirarse.

—¡Nada! —Fue la respuesta—. Toma el dinero que necesites cuando te haga falta. Y tendrás unos miles extra si me das oportunidad de llevar unas flores por el Boulevard Lincoln adelante...

Burt bajó los escasos peldaños y penetró en el despacho de McLaren, el hombrecillo calvo y gesticulante. Al momento, el testafierro desconectó el disco de la conversación y cerró la puerta, adosando el fichero sobre sus pivotes. Luego, de modo insensible, elevó el diapasón de su voz al hablar —esta vez de forma efectiva— con Burt.

—¿Qué dinero necesitas? —preguntó, deseando ganar tiempo.

—Cinco mil —contestó Burt, adoptando un aire negligente.

Era la primera vez que pedía semejante cantidad. Y el hombrecillo debió comprenderlo así, pues hizo un gesto de sorpresa.

—Parece mucho... —siseó—. Y no sé si debo...

—Pida instrucciones, entonces —recriminó Burt, despectivo—. ¡Han sido dos fiambres esta vez!...

—En ese caso voy a complacerle, amigo —aseguró el viejo—. Claro está que me acusará recibo, como siempre. Yo no soy más que un mandatario...

Burt hizo un gesto de disgusto. Le repugnaba instintivamente firmar recibos de dinero, aunque aparentemente se justificaban con trabajos hechos por cuenta de la McLaren. Y eso que ignoraba que era la defensa sutil que el «boss» tenía contra él —y contra cualquiera de sus auxiliares maleantes—. En caso de traición no haría falta sino exhibir aquellos recibos que llevarían a la silla eléctrica a sus firmantes. Bastaría comprobar las fechas, relacionarlas con delitos fácilmente cronometrables y exigir severa coartada a los culpables.

Claro está que era una medida suprema, desesperada, de venganza. El «boss» no deseaba salir de aquella situación de anonimato en la que se había parapetado con diabólica habilidad. Además, tenía una red de espionaje establecida alrededor de sus cómplices. Costosa, pero que le permitiría —en un caso dado— alzar el vuelo antes que una mano policía se posase en su hombro. Antes de oír las palabras conminatorias y fatales: «Queda detenido en nombre de la ley».

Se trataba de una inteligencia superior al servicio del crimen. Un tipo que podría haber triunfado en cualquier aspecto de la vida. Lo estaba demostrando prácticamente al crearse apariencia de honorabilidad en negocios legales. Era director de una importante empresa productora de películas y sus ingresos le bastaban para llevar una vida muelle y descansada.

Pero no le lucía el dinero ganado honradamente. Tenía el prurito de delinquir, haciendo de su vida una aventura apasionante. Sumergido en la legalidad se hubiera ahogado como en plena bahía lastrado con unos quintales de hierro. Malhechor nato, y redomado hipócrita, había transformado el mundo en un inmenso tablero de ajedrez. Era el rey negro, y se valía de una inmensa e innegable cantidad de peones.

A Burt le constaba que, en el caso de vapulear a Gold, una nueva

remesa de billetes iría a su poder. Y esto era algo práctico, casi tangible. Que le haría ganar un nuevo punto en la estimación del «boss». Sonrió de modo abierto, siniestro. Acentuando la mueca perenne que trazaba su cicatriz en el rostro innoble. Antes de ponerse el sombrero ondeó los rojizos cabellos. Y sus ojos parecieron hacer eco a la llamada hirsuta.

Tomó un taxi y le dio orden de dirigirse al Apparel City Site. El coche emprendió, raudo, la marcha a través de la Ocean Avenue y hasta el *boulevard* Alemany, que siguió hasta el Hilton. Allí bajó Burt y comprando un diario se sentó en un asiento y esperó. Sus ojos leían en dos sitios a la vez; más en el edificio fronterizo que en las columnas impresas.

Apenas eran las diez de la mañana. Sabía que Gold, habitualmente, estaba en su despacho hasta mediodía, y que dedicaba sus tardes —libres según la jornada de trabajo yanqui— al deporte. Pero le interesaba saber si aquel día Harry se desplazaría al campo de golf del Country Club o si preferiría solazarse en la playa de Bakiers, al norte de Lincoln Park. ¡Dos horas de tiempo eran suficientes para desarrollar su plan!

Infinidad de personas —uniformadas o no— penetraban en la sede del F. B. I. de San Francisco. Y era difícil seguirlas a todas, e identificarlas desde aquella distancia. Burt se cansó pronto de la espera y se decidió a penetrar en un bar situado cerca de Waterloo. Desde allí podía ver también la salida de agentes federales y público. Y, al mismo tiempo, daría a su estómago un poco de aquel veneno —suavísimo y excitante— que se llama *whisky*.

Encaramado en una alta banqueta, el bandido paladeó varias copas consecutivas, causando la admiración del «barman», que estaba acostumbrado a servir a buenos bebedores. Por el espejo fronterizo —situado delante de la anaquelaría donde se mostraban panzudas botellas—, Burt siguió observando. De forma menos descarada.

Al cabo vio aparecer a Gold. Su figura era inconfundible, y en ello confiaba Burt más que en su propia suerte. Alto, enjuto, con aspecto un poco inclinado hacia adelante, Harry bajaba las escaleras del edificio federal. Sin sombrero, sus cabellos rubios ondeaban libremente al viento de la bahía. Aparentaba veintinueve años, aunque tenía más. Y sus movimientos eran rápidos y nerviosos. Todo le identificaba con un individuo juvenil con la mente poblada por ideas risueñas. Nadie podía catalogarle a primera vista como un tipo voluntarioso y luchador.

Burt Parowan no demostró prisa alguna, en parte porque sabía

la dirección que tomaría Gold.

Media hora más tarde, el bandido volvió a seguir a Gold, y al ver que tomaba la Potrero Avenue en dirección norte, tuvo la certidumbre de que Harry se dirigía a la playa. Entonces desistió de seguirle. Desde un cafetín telefoneó a una amiguita suya, dándole instrucciones: se reunirían para ir a la playa, y ella debía esperarle con merienda y buena cantidad de *whisky*.

El plan se desarrolló como había previsto Burt en los menores detalles. No había nada sospechoso en los dos secos retozones que desembarcaron de la motora, y que avanzaron después, con la merienda a remolque, playa adelante. Por otra parte, Harry no conocía a Burt personalmente. Con ello contaba el bandido... ¡y también su jefe!...

Burt encontró sitio aparente en una pequeña caleta, cerca de la Playground, y al cobijo de unos pinos raquíticos. Después de merendar, como un apacible burgués, se tendió, simulando dormir una tranquila siesta. No lejos de ellos, a unas cien yardas mar adentro, se veía la figura solitaria del inspector Gold nadando rítmicamente.

La mujer, debidamente aleccionada, se despojó de sus ropas de calle, apareciendo con un sugestivo «maillot». Sin temor alguno se metió en el agua, alejándose de la orilla. El Pacífico hacía gala de su nombre.

Un rato después gritó. Sus chillidos en demanda de socorro eran breves y cortantes, agudos como cuchillos. Y no atrajeron la atención del falso durmiente. Harry, cerca de ella, se dirigió allá llevado de su buena intención.

Nadó con brazadas rítmicas y vigorosas, y llegado junto a Dorothy la vio sumergirse de un modo brusco. El magnífico cuerpo se hundió y los dos brazos se alzaron en el aire —como dos mórbidos signos interrogantes— para ser arrastrados luego hacia el abismo.

Bellísima, morena, escultural, la sirena fue remolcada hacia sitio seguro por el solícito samaritano. Algo pareció reanimarla en su ficticio desmayo, y al verse en brazos del policía gritó una vez más...

—¡Socorro! —exclamó con maravilloso acento de tiple de «dancing».

—Tranquílcese, *miss*... —pidió Harry—. No pretendo más que...

Nunca llegó a saberse lo que pretendía. Lo cierto es que el hasta entonces apacible durmiente se despertó de improviso, y advirtió el grupo del policía y de Dorothy Green. Se despabiló de modo un

poco abrupto y su reacción tampoco fue muy tolerante. En dos zancadas se dirigió hacia el grupo chorreante.

—¿Qué es eso? —farfulló a poco de empezar a correr—. ¿Qué te ocurre, Dorita?

—No lo sé —exclamó la accidentada—. Me hallaba buceando y de pronto me encontré en brazos de este señor. Sin duda debió venir a mi encuentro bajo el agua...

Había iracundia en los ojos femeninos, complicidad culpable y una gran dosis de ingratitud en el gesto brusco con que se zafó del lado del policía. Y Harry, sin pensar ni remotamente en una intriga, se dispuso a explicar.

—Créame, señor. Sólo pretendí ayudar. Yo soy... estaba... —titubeó.

—Usted es un entremetido y un fresco —barbotó Burt, encolerizado—. Poco me importa lo demás. Y voy a demostrarle que...

Una tufarada de alcohol salió de la boca del bandido, unida a una sarta impresionante de palabras de un gusto dudoso. Los insultos hirieron la susceptibilidad de Harry, que golpeó con su derecha en un gancho que levantó materialmente al coloso. Pero éste tuvo la habilidad de alcanzar a su contrario, y ambos hombres rodaron por la arena. Desde muy lejos, el grupo combatiente podía confundirse con un par de juguetones deportistas.

Dolorido por el golpe que recibió, Burt asestó varios mazazos a Gold, en franca desventaja en el cuerpo a cuerpo. Así, rodó lejos de las garras del coloso, y se puso en pie ágilmente. De su ceja izquierda manaba un hilillo de sangre que le dificultaba la visión. Escupió arena y se dispuso a atacar a su vez.

Amagó una izquierda y volvió a asestar un puño derecho sobre la maciza y prominente mandíbula del asesino. Los huesos sonaron con lúgubre chasquido y una mueca —mixta de dolor y de ira— entenebreció aún más si cabe el rostro de Burt. Su compañera ya no vio tan inmediata y diáfana su victoria.

Los dos hombres ofrecían un aspecto muy distinto físicamente. En tanto que el cuerpo de Harry parecía una escultura perfecta, sin grandes abultamientos musculares, los bíceps desnudos de su antagonista semejaban apretados haces de sierpecillas, que se movían bajo la curtida piel a cada movimiento. Dispuestos a saltar y morder, a producir el aniquilamiento. Un roble y una caña se enfrentaban, utilizando uno su fuerza bravía y el otro su agilidad. Pero ambos empezaban a estar lastrados por el cansancio.

Fue un golpe cobarde de Burt el que decidió la contienda. El

bandido cayó al suelo, tocado una vez más en pleno hígado. Y conteniendo el dolor largó una doble patada —más parecida a la cox de una mula— a su semidesnudo oponente. Dada con reciedumbre y aumentado su efecto por los tacones del calzado, dejó casi inconsciente a Harry. Y creyéndole absolutamente inánime, el bandido se permitió el escarnio de escupirle. No convenía perder más tiempo, y Dorothy avanzaba ya, vestida, dispuesta a salir de estampida. Se acercó al grupo con su andar flexible y turbador.

—¿Acabaste ya con el de la «bofia»? —preguntó al tambaleante púgil.

—¡Silencio! —reclamó Burt—. Sí; creo que sí. ¡Vámonos ya!

La pareja recogió sus pertenencias y se encaminaron a pie hacia la parada del «bus» que había de llevarlos a San Francisco. Por el camino, Burt se acercó a la orilla del mar, y tomando un poco de agua en el cuenco de una de sus manazas, inmensas, se refrescó la mandíbula.

Media hora después, Harry fue socorrido. Fingió despertar de su inconsciencia.

Harry no era un fatuo y sabía perder oportunamente. Así, al ser requerido para declarar ante un puestecillo policial, no hizo valer su identidad como policía. El suceso se dio a la Prensa en una gacetilla breve, pero sustanciosa. ¡Harry se permitió la afrenta de que su nombre apareciese en los diarios como víctima de un atentado criminal!

Y Harry pasó horas enteras pensando quién sería, entre sus muchos enemigos, el que le envió un «killer» con ánimo de darle una paliza. Porque una cosa era indudable: el individuo de la mejilla atravesada no figuraba entre la legión que le debían hospedaje a cuenta del Estado. Ni era habitual entre el hampa de San Francisco. No lo conocían ni siquiera los confidentes habituales.

III

EL «MATADOR» DE KURT MALONEY

SÓLO que Harry iba a estar ocupado durante una temporada para pensar demasiado en asuntos de índole personal. El Departamento Central del F. B. I. en Washington fustigaba acerca de la cada vez más copiosa invasión de narcóticos. Cartas y telegramas conminaban a emplear todos los resortes policiales para atajar la plaga.

Se sabía que —vía Wake y Honolulu— llegaban a la ciudad californiana verdaderos cargamentos, para ser distribuidos luego por toda la Unión. Claro está que Gold hubiera podido justificarse diciendo que era más fácil intervenirlos en las dos islas citadas, sobre todo en la última, que estaba bajo la esfera de influencia norteamericana. O que Los Angeles y Sacramento eran otros tantos puntos de infiltración natural, en gracia a su inmensa población. Los Angeles, con dos millones de almas, bien podía ser La Meca no sólo de artistas cinematográficos, sino de las mismas drogas.

Allí la vida era fácil, debido a la forma copiosa de correr el dinero por la proximidad y riqueza de Hollywood. Y en esta ciudad —por la vida disipada y excitante de los astros del celuloide—, más lógico y sencillo seguir la pista de los narcóticos.

Pero Harry no era amigo de sacudir de sus espaldas una carga cuando ésta se hallaba colocada allí de modo razonable. Así, olvidándose del tipo de la cicatriz, o relegando su recuerdo, se dedicó a seguir la búsqueda de los derivados del opio. Reunió a los agentes a sus órdenes y los distribuyó por los lugares estratégicos de la ciudad. Unos, en plan de sondear a confidentes y «tomadores»; otros, a deambular, caracterizados, por los distintos lugares de esparcimiento de la ciudad.

—¿Quién se encargará del Chinatown, jefe? —le preguntó Doug Spencer, un hombrecillo recién llegado del Sur.

La respuesta no se hizo esperar. Y fue aparente al deseo del hombrecillo rechoncho y adiposo, verdadera antítesis de un agente especial.

—Nosotros dos, Doug —explicó Harry, con una sonrisa—. Espero que la orden sea de su agrado.

El hombrecillo bajo y tripudo era la antítesis de Gold, pues casi le doblaba en peso al inspector. Su aspecto congestivo, apoplético, y su eterna sonrisa bobalicona, no lo identificaban, ciertamente, como

un agente del F. B. I. Parecía un apacible negociante o a lo sumo un corredor de artículos de fácil venta. Respiraba honradez y una calma paradisiaca. Además, tenía la ventaja de ser nuevo en la plantilla. No se le conocía aún en los bajos fondos.

Gold siguió dando órdenes y consignas y luego, en unión de su colaborador, partió hacia el barrio nordeste de San Francisco. Antes de llegar los dos hombres se separaron con la idea de reunirse una hora más tarde, como perfectos desconocidos entre sí, en uno de los bares de peor fama del Chinatown. Ambos sabían de antemano lo que tenían que hacer, pues durante el camino cambiaron impresiones.

Y quien hubiera visto a los dos hombres —aun conociendo a Gold y su cargo en el F. B. I. —no hubieran encontrado nada sospechoso. Por la calle, Harry iba leyéndole la cartilla a Spencer. Pero lo hacía de un modo tan claramente hostil, que el mirón o el espía hubieran creído que le amenazaba con los más severos castigos.

Así, aún bajo la dolorosa impresión, el hombrecillo entró en Children's, negocio de bebidas que no tenía la menor relación con su nombre infantil. Más seguro es que no apareciese una sola criatura por sus inmediaciones en todo el día, y más aún después de anochecer. Jack «el Rojo» era el dueño del tugurio y raro era el día que no terminaba con terribles pendencies entre el dueño y los clientes.

Fue el propio dueño del local el que le atendió, debido a que a la sazón —media tarde— no había exceso de público en el local. Usando su tono de voz más plañidero, Spencer pidió:

—Algo muy fuerte, amiguito... ¡Veneno, si es posible! Acabo de recibir un responso de la «bofia» y necesito reaccionar...

—Usted es nuevo aquí... —indicó Jack, al servirle la primera consumición—. ¿De Los Angeles? —dijo, sin poder reprimir un gesto de burla al ver la expresión angélica del cliente.

—De San Diego... —contestó Spencer, con aparente desgana—. Atravesé la frontera huyendo de Mexicale...

Sin dar más explicaciones y también sin mostrar animosidad por el acento curioso del gigante, la bola de grasa miró al trasluz la bebida y la acercó a los labios. Paladeó mientras bebía, y al cabo produjo con el licor una rociada que fue a bañar la cara del tabernero. La boca del agente parecía un pulverizador capaz de perfumar a una bella sin ajarle el maquillaje.

—¡Agua de castañas!... —despreció—. Y sucio el vaso, además... ¡Esto no me sirve! En Méjico empleamos algo más fuerte para lavar

los biberones a los pibes... ¡Puah!...

En el gesto de repulsión iba implícita una ofensa para Jack, mayor aún que la de regarle el rostro chato y bestial con el *whisky*. No hubo excusas por el riego; antes al contrario, el rostro del forastero denotaba un verdadero sentimiento de dignidad ofendida.

—¿Esto es lo que podéis servir en el barrio chino de San Francisco? ¡Puah!... —repitió el gesto de asco—. Siento haber escapado de Méjico a uña de caballo...

—Sería a bordo de una mula... —indicó Jack, expansivo—. O de un percherón —terminó, señalando el abdomen del bebedor—. Y debes saber —añadió, afrontando valientemente el tuteo— que no huías de la Justicia, sino de los acreedores. ¿Qué hay de mi bebida?

Al hacer la pregunta, de un manotazo derribó el vaso y el resto de su contenido. El envase rebotó y se hizo mil pedazos, que un camarero acudió solícito a recoger de los mismos pies de su amo. Se barruntaba una tragedia...

El coloso tenía un rostro chato y repulsivo. Todo era en él monstruoso y prominente, excepto el frontal, que parecía una depresión. Y no tenía ni rastros de cabello, rojo o canoso; sin duda, el mote tenía otra explicación.

Aunque su cara parecía un muestrario del arco iris, no dio rienda suelta a su mal humor. Mirando al hombrecillo como una serpiente debe mirar a una presa alada, indicó con voz contenida:

—No sé las costumbres de Méjico; pero aquí, en Frisco, lo que se pide y se rompe, se paga. Y yo no soy de los que dejan escapar a mis clientes sin hacerlo...

—¿Y quién te ha dicho que pretendo hacerlo, Blanca Nieves? —aseguró Spencer, con sonrisa procaz—. Métete en esa calabaza que tienes encima del cuello la idea de que cobrarás, aunque no te haya explicado aún el modo. Pero antes sírveme algo fuerte, no agua de fregar...

Se oyó un chasquido, seco y chirriante. Y en el acto, una de las mangas de la camisa del coloso se desgarró, hecha pedazos. Bastó para ello que el hércules hinchase sus músculos ante el doble insulto.

—Hasta la tela de camisas es mala aquí, por lo que veo —dijo Doug Spencer, especulativo—. En Méjico jamás se me desgarró a mí ninguna —aseguró, y no mentía, ya que nunca estuvo en aquella nación.

Haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, Jack «el Rojo» contuvo su ira, evitando heroicamente darle expansión. No porque temiera la desfachatez del hombrecillo, sino porque tenía sus

principios. Luego de adquirir fama de matón en el barrio, de imbatible, se consideraría deshonorado como tal si ponía las manos sobre aquel tipejo. Y éste se empeñaba en zaherirle desde todos los ángulos: eso era evidente hasta para la cerrada mollera del hotentote...

Se olvidó de la prudencia, de todo... Bien es verdad, en su favor, que Doug tenía la fachenda más opuesta a lo que puede y debe considerarse un G-men; nada más lejos de su aspecto y de su tipo. Mejicano —según sus palabras—, debía estar acostumbrado a la tequila y el pulque, bebidas verdaderamente explosivas, según referencias de Jack. Así, pues, se dispuso, en primer lugar, a sostener la categoría de su negocio, postergando dar al pedante una demostración de su fuerza. Precisamente —aunque él no sabía—, aquella oportunidad estaba en camino.

Acercándose con pasos lentos al mostrador, buscó bajo su tapa de nogal un envase, que miró al trasluz, para comprobar su contenido. Y satisfecho al parecer, tomó dos vasos y acudió de nuevo a la mesa del descontentadizo. Su sonrisa era simplemente repugnante; el oscilar de su mole recordaba al oso gris de las montañas de Wyoming o Dakota del Sur.

—Veamos si esto te satisface, amigo... —aseguró, dejando la garrafa sobre la mesa de Spencer, con fuerte golpe—. Bebamos...

Los dos vasos fueron colocados, por contraste, con una suavidad que demostraba a todas luces una mal contenida furia, una fuerza alucinante que estaba dispuesta a manifestarse a la menor oportunidad.

—¡Vaya por el renombre del Children's! —exclamó Spencer, escanciando una dosis muy liberal—. Un amigo de Ensenada me habló de tu negocio, antes de que lo liquidase de una cuchillada. Pero Maloney... —terminó, suspirando, lúgubre.

El tabernero se llevaba el vaso a los labios cuando pareció quedar hipnotizado. Volvió a dejarlo sobre el tablero de la mesa, sin probar la bebida, y desorbitó un tanto los ojos porcinos.

—¿Que tú mataste a Kurt Maloney? —preguntó, con aire incrédulo.

—Sí —aseguró el gordo, sin pizca de énfasis—. Se empeñó en tutearme... —añadió, a modo de justificación—. Y yo no le había dado la menor confianza para ello. Pero bebamos... No merece la pena evocar a aquel pobrete.

«Aquel pobrete» era uno de los tipos más temidos de California. Y tuvo que huir hacia la Baja, precisamente a tierras mejicanas, huyendo de la «bofia». Exactamente igual que el gordito decía

haberle sucedido, sólo que al contrario.

Los dos hombres bebieron despaciosamente, observándose. Y entonces, cuando sus miradas eran como aceros que entablasen una esgrima incruenta, apareció Harry Gold.

De inmediato dirigió su vista hacia Doug, que le hizo un guiño. Y el coloso contempló el garrafón que estaba sobre la mesa, única prueba de un delito severamente castigado.

—Es un tipo de la «bofia» —explicó en voz baja a su cliente—. Y eso debe desaparecer...

—No te preocupes, enano —aconsejó Spencer. Yo me cuidaré de ello. ¡Atiéndelo!

Crispando sus puños como mazas, «el Rojo» se levantó del taburete en que estaba sentado y avanzó hacia el inspector, con el rostro torvo y ceñudo. Pese a su sonrisa de circunstancias, echaba miradas furtivas a la botella y los vasos de licor. Sentía un poco tarde su arranque de vanidad.

—Busco a un tipo con la mejilla señalada por una cicatriz —empezó el policía—. Es corpulento y tiene los cabellos rojizos...

Doug Spencer estaba sintiendo una terrible comezón de gritar. El licor que había bebido, luego de irradiarle una especie de modorra, estaba insuflándole su fuego líquido en las mismas venas. Parecía como la lava de un volcán, una potencia fuerte, nueva e incontenible acudía de su estómago, radiando, extendiéndose a la última fibra de su ser.

Y deseando darle expansión a aquella potencia destructora que le pedía acción, gritó:

—¡Peste de «bofia»! ¿Es que no va uno a poder refugiarse en un lugar tranquilo, sin encontrarse a malditos pesquisantes? ¿Qué hacen en esta ciudad con los «soplones» y espías?

Harry se volvió hacia el gesticulante, con aparente sorpresa. Spencer estaba tan congestionado, que parecía a punto de sufrir un ataque de «*delirium tremens*». Con la garrafita en la mano, golpeó con el envase sobre el mismo centro de la mesa, haciendo chascar el vidrio dentro de su protección de mimbre y saltar los vasos casi hasta el techo. Claro está que ante la satisfacción de Jack, «el Rojo», aquella prueba desapareció. Y ante su asombro, Spencer sacó su pasaporte y lo exhibió ante las mismas narices de Gold. Tan cerca y tan bruscamente que era imposible a Harry leerlo.

—Tenga. ¡Pregunte por mí! —exclamaba el subordinado, con aire truculento—. También tengo una cicatriz en la mejilla; me la produje esta mañana afeitándome en la pensión. ¿Es que no va a poder uno expansionarse libremente? ¡Déjenos en paz!

—A usted lo dejaré en el cuartelillo, por embriaguez y escándalo —afirmó Harry, muy serio—. Dispóngase a seguirme. El otro asunto puede esperar.

—No estoy borracho —aseguró Spencer, desasiéndose con violencia—. Y me quejaré a mi cónsul por este atentado. Sepa, caballere, que soy mejicano y...

Los escasos clientes del tugurio, que conocían de sobra a Gold, corearon con sus risas las palabras del hombrecillo. Y al verle zafarse de las manos del tripudín, le jalearon.

—¡Está borracho! —insistió Harry.

—No lo estoy —remachó Doug—. Un poco alegre, nada más. Y para demostrárselo, le brindo una prueba ante caballeros...

El inspector miró a su alrededor, tratando de encontrar inútilmente a alguien en que encajar ese título. Pero ya el gordo le empujaba hacia una pared del local.

—Voy a demostrarle cómo maté a Maloney, en legítima defensa. No creo que haya nadie capaz de acusarme de embriaguez, luego de este alarde de habilidad. Hágame caso, muchacho —reclamó a su jefe superior—. Será cuestión de un minuto.

Con esa deferencia natural hacia los borrachos no agresivos, Gold transigió. Y el gordo le quitó el sombrero sin ninguna delicadeza y se lo puso en la mano izquierda, ya extendida, contra la pared del local. Parecía que el sombrero iba a ser el blanco de alguna prueba indolora. Y Harry semejava el hilo de Guillermo Tell en aquella experiencia, famosa y dramática, de la leyenda.

—De cualquier forma, le detendré por embriaguez —amenazó Harry.

Con la agilidad de un relámpago, Spencer «sacó». Pero no un arma de fuego, como todos pensaban, sino un estilete, que brilló como una sierpe de acero. Y con su misma velocidad, fue esgrimido por la de Doug Spencer.

—No quiero estropearle el sombrero —dijo, al apuntar—. ¡Sería una lástima! —Agitó el brazo y disparó su dardo, al tiempo que gritaba—: ¡A la mejilla, como el tipo que busca!

Estaban ambos policías a la distancia de unas diez yardas, y no había tiempo de eludir. Como en un número circense, Harry permaneció quieto, con una fijeza de cosa muerta. Sólo sus ojos brillaban, compitiendo con la marcha veloz del estilete.

Y éste se clavó, con una perfección increíble, en el paramento, rozando la mejilla izquierda de Gold, que se apartó al momento.

—No, no está borracho —reconoció, mientras los demás espectadores empalidecían de estupor. Pero me lo llevaré detenido

por...

Parecía vacilar, sin saber qué delito exhibir para dar una justificación de su acto subsiguiente. Se rascó los cabellos rubios, mirando con cierta aprensión al hombrecillo.

—Puede detenerme por causar estropicios en el paramento y los envases, si mi amigo californiano lo indica —explicó Doug, enfrentando al gigante calvo.

—¡Nada de eso! —protestó el dueño de Children's—. No lo haré. Puede marcharse y considerar como un convite la bebida que desperdició.

El gordo mostró su más beatífica sonrisa. Hizo un amistoso ademán a los reunidos y sin mirar al policía, como ignorándole, exclamó:

—¡Gracias, amigo! Así bebía gratis en Méjico. Y creo que seguiré haciéndolo en esta magnífica ciudad. ¡Hasta la vuelta!

Harry pareció confuso y al cabo volvió hacia «el Rojo» y siguió dándole detalles de Burt Parowan. El coloso le contestó de mala gana. No lo conocía, aseguró. Podía jurarlo.

Sus palabras carecían de convicción. Pero, de todos modos, se comprendía que la indagación había perdido su fuerza. Haciendo un gesto de contrariedad, Harry salió del establecimiento.

IV

RAY JONES VUELVE A ESCENA

TENGO el deber de comunicarle, míster Gold, que yo vi a Lil Montrose en las proximidades de Berkeley, el día de su desaparición...

Harry contempló al hombre atezado que daba vueltas a su sombrero con evidente agitación. Aquel hombre no podía mentir, no sabría hacerlo: trasuntaba veracidad y honradez por todos los poros y su propia turbación era una garantía de lo que decía.

—No puede ser —objetó, al cabo, luego de repasar la documentación que el vaquero le tendía—. El asunto no es de mi incumbencia, ya que la sección de personas desaparecidas la lleva otro negociado, pero debo desengañarle. La joven fue vista en Monterrey por varias personas de reconocida seriedad. ¿Le dijo ella que se llamaba así?

—Pues... no; ésa es la verdad —reconoció el hombrón—. Sin embargo... ¡Sé que es ella! Y no tiene nada de extraño, ya que su padre vive allí cerca, en Lodi. ¡Y apareció muerto un par de días después!

Harry dio un silbido. No tenía ni idea del suceso, que había pasado silenciado hasta la fecha. En realidad, incluso la desaparición de Lil no extrañó demasiado. A veces, las jóvenes de Hollywood desaparecían por una temporada y volvían a surgir luego, más esplendentes que nunca. Trucos publicitarios, amoríos, divorcios, eran la causa, las más de las veces.

—Digo que era ella —insistió el vaquero—, porque es una de mis artistas preferidas. Y el rictus de su ceja izquierda lo he visto en ocasiones diferentes, representando... Iba en un «Roadster»...

Vino a continuación una reseña confusa y difusa, de la que el policía pudo sacar poco en limpio. Su interés oscilaba como una brújula eléctrica, si cesa la pulsación que la mantiene en funciones, cuando oía al vaquero que no podía darle el número de la matrícula del coche, y que el rostro de la joven estaba cubierto por una capa de polvo. No obstante, el coincidir en aquella carretera viniendo de Lodi, cerca de Stockton, eran un buen dato, y otro, la desaparición inexplicable de la joven. La muerte del padre...

—¡Hum! Creo que habrá que investigar un poco sobre ello —reconoció Gold, al cabo—. Le llevaré a la sección correspondiente.

Lo hizo así, atravesando un largo pasillo y subiendo al piso

superior. Luego de una doble presentación, Harry se olvidó del asunto. Al fin y al cabo, sin nexo aparente con especial cometido, era una de tantas desapariciones que a diario se registraban en la Unión. Hasta que otras vienen a relegarlas a segundo plano, y por último al olvido.

De Burt Parowan no había vuelto a tener noticias. Parecía como si se lo hubiese tragado la tierra, aunque, en realidad, estaba preparando una nueva empresa criminal. Y no le convenía ser visto en unos días.

Fue Ray Jones el que sacudió y galvanizó a la opinión pública, esta vez en papel de víctima. Había convenido con su jefe —pues él no conocía a otro que Parowan— encontrarse una semana después del suceso de Berkeley; suceso que sólo tenía una significación para aquellos dos esbirros del crimen. El deseo de Sammy Montrose quedó catalogado como una muerte accidental, debido a su planeamiento habilidoso y falaz.

Todo parecía normal. El «boss» podía estar tranquilo y continuar su criminal negocio; nadie sospechaba de él ni remotamente. Y por si esto fuera poco, su esbirro le proporcionaba pequeñas satisfacciones, que halagaban su vanidad; tales como la paliza a Gold y el fracaso del inspector en la taberna de Jack...

La redada de sospechosos, casi todos morfinómanos, dio resultado, en cuanto a la retirada de la circulación de un buen número de indeseables; pero no tanto a la vista práctica del fin perseguido.

La venta de estupefacientes no se hacía directamente, sino valiéndose de una serie de trucos: los compradores enviaban el dinero por correo, o lo depositaban en un lugar tan inocente como el buzón de una agencia de repartos o un carrito parado en una callejuela. A veces se lo daban a un chico con trazas de golfillo. Luego recibían la droga, indefectiblemente; en su propia casa, por medio de mandatarios que no tenían nada de sospechosos. Y el tráfico continuaba, ante la desesperación de Gold.

No sirvió de nada hacer un interrogatorio de «tercer grado» a uno de los detenidos. Pese al castigo blanco del reflector eléctrico, y a los agentes que se turnaron, disparándole preguntas día y noche. Lo cierto es que la indagatoria no avanzó. Por lo que quiera que fuese, la nueva red distribuidora de San Francisco —desde la detención de Mike Salton— estaba dirigida por un cerebro que no dejaba ningún detalle al azar.

Varias horas de intensísimo trabajo no dieron resultado alguno. Ni siquiera el atormentado pudo facilitar más detalles de lo que ya

se sabía: la droga se adquiriría en el Children's, mediante diversos procedimientos. El principal proveedor quedaba en la oscura zona del anónimo. Era una inteligencia superior, que no caería en el mismo fallo de Mike.

El inspector recordó el caso, en el que intervino. Aquello fue sencillo, pues no requirió sino una confidencia, y desplazar las fuerzas del F. B. I. para la redada. Aparte de la paciencia que fue necesaria derrochar para acabar con la pandilla de Salton, no hubo allí una gran inteligencia. Fue un problema fácilmente resuelto por el inspector y no añadió laureles a su fama.

Rumiando todos estos datos —miserables migajas para su voracidad—, Harry salió de las oficinas federales. Conforme marchaba hacia su casa en Hugo Street, cerca de Golden Gate Park, iba pensando y meditando sobre el insoluble problema. Y fue al atravesar la parte más miserable y sórdida de San Francisco —las callejuelas curvas y retorcidas que bordean el monte Davidson— cuando creyó ver delante de sí una sombra huidiza; el perfil humano parecía el de un ave de rapiña, con la nariz como pico, un garabato que arañaba en el subconsciente de Harry, tratando de hacer aflorar una idea.

Y como nada había mejor para refrescar la memoria que seguir al tipo hasta recibir la inspiración, Harry se pegó a él como la sombra al cuerpo. Con tal cautela, que aunque el perseguido se volvió varias veces no pudo advertir detrás de él al inspector.

Fue en el *boulevard* Monterrey —gracias a su mayor iluminación— cuando, al fin, se dio cuenta Ray Jones de que le espiaban. Pues Harry no tenía otra opción que ser visto o perder los pasos del tipo. Y aun no había conseguido localizarle... en el recuerdo.

Al verse perseguido —y precisamente por Gold— el hombre de nariz ganchuda sufrió una verdadera sacudida. En lugar de seguir hacia el *boulevard* de Fray Junípero, que era su ruta, derivó a paso ligero hacia la derecha, por Benito Parkway hacia San Anselmo Street.

De forma sensible, el perseguido aceleró su marcha. Hasta convertirla casi en una carrera. West Portal Avenue, Lenox Parkway y las calles en curva junto a Laguna Honda, fueron recorridas con toda celeridad por los dos hombres. Y comoquiera que Harry no pensaba detener al fugitivo, sino identificarle, no requirió la ayuda de ningún «cop». En la noche silenciosa, caminando por calles desiertas, aquella odisea para un maleante sólo tenía aire trágico para él.

Jones iba en busca de las oficinas de la McLaren, pero el

encuentro con el policía y su persecución le habían obligado a cambiar sus planes.

Así, lo que trataba ahora era de zafarse de su perseguidor. Y esto no podía conseguirlo huyendo; estaba visto. El inspector tenía más agilidad que él. En consecuencia, sólo le quedaba el recurso de atraerle hacia algún lugar en el que preparar una emboscada, una encerrona rápida.

La ocasión se le presentó pasada Laguna Honda, al llegar a las inmediaciones del Sutro Forest. Lo atravesó esta vez a carrera abierta y de pronto se detuvo. Si conseguía inutilizar a Harry, estaba cerca la calle de Edgewood, al otro lado del jardín público, siempre abierto. Y en su final, la parada del «railway», municipal, que le conduciría Parnassus adelante hasta la Adición Oeste...

Encaramándose a un árbol con felina agilidad, Ray esperó el paso del inspector tras de sus huellas. Y al llegar debajo de él, se arrojó de la rama como un auténtico jaguar. Estaba deseoso de vengar el miedo pasado minutos antes, aniquilando al individuo que iba siguiéndole la pista.

Trató de golpear el primero, pero el inspector supo eludir el golpe. Desde el momento en que dejó de oír los pasos de su enemigo, estaba esperando para repeler cualquier agresión; ya lo estaba desde que penetraron en el bosquecillo desierto. Así pudo librarse de las garras del tipo, y atacar a su vez.

Al verle tan de cerca, le reconoció en seguida. No fue necesario que el bandido hablase siquiera.

—¡Ray Jones! —Silbó, repeliendo un golpe de «judo»—. Pero si te creía en el extranjero o muerto... ¡Qué agradable sorpresa!

Cualquiera hubiese creído, al oírle, que festejaba el encuentro con un entrañable amigo. Pero lo cierto es que Harry necesitaba de una larga conversación con Ray. Porque era uno de los antiguos compinches del «gang» contrabandista que se detuvo anteriormente, cuya cabeza respirable era Mike Salton.

Al asesino no le hizo mucha gracia ser identificado. Habían pasado años desde la captura de Mike, y confiaba que nadie le recordase ya. Pero lo cierto es que la nariz, ganchuda, era su anatema. Si no, lo hubiese sido un «tic» inapreciable, una verruga, el lóbulo de la oreja, los cabellos. La memoria de Harry Gold era como un registro fotográfico, al que no se le olvidaba el menor detalle.

—Me explicarás lo que haces en Friso —siguió el inspector, mientras combatía—. Y lo que ibas a buscar a Ingleside...

—¡Tu pellejo! —gritó Ray, lanzando una cuchillada.

Se había visto impotente para inutilizar a Harry mediante la sorpresa, y ahora esgrimía una navaja. Con ella en la mano, Harry tenía que estar prevenido. Pues la habilidad del forajido estribaba en arrojarla a media distancia, con la velocidad de un dardo y su misma capacidad mortífera.

Haciendo un rebuño con su americana, Harry se protegió con ella el brazo izquierdo, y éste, a su vez, el pecho. Avanzando con el puño cerrado, dispuesto para lanzar un directo fulminante, Harry tuvo que combatir en el medio que le brindaba su enemigo. Tenía revólver, pero no deseaba usarlo. Su proyecto era acobardar a Ray, mientras tuviese una probabilidad de huir. ¡Dentro de la prisión no hablaría!

Lo conocía bien; su mente era tan retorcida como la de cualquier otro criminal. Mientras Ray tuviese una escapatoria, lucharía por conservarla y defenderla. Dentro de la prisión ya, era imposible pretender sonsacarle. Cuestión de estrategia psicológica.

Gold propinó puñetazos, eludiendo a la vez la mordedura del cuchillo, que fue a embotarse en la prenda arrollada. Harry sabía defenderse y antes que el bandido se levantara, le golpeó en el pecho, haciéndole rodar varias yardas.

Pero Jones no había soltado el cuchillo, contra toda previsión. A trueque de cortarse con él, lo conservó. Y le bastó quedar detenido en su voltio, para arrojarlo contra el pecho del inspector.

No le hirió gravemente, ya que el arma quedó embazada en la prenda que le servía de parapeto. El acto de subir el brazo y protegerse el corazón, fue algo instintivo en Harry. No obstante, la punta acerada penetró en la piel y le produjo una herida en el brazo. El tiempo que perdió el inspector sacándose el cuchillo y guardándolo, fue suficiente para que el bandido escapase.

Pero a Harry no le interesaba detenerlo tampoco. Hay elementos que son más convenientes en libertad, como el virus que desarrolla ciertas enfermedades latentes e inmuniza luego al organismo. Ray, suelto —sabiendo ya que estaba en San Francisco—, era más interesante que en la cárcel.

El criminal corrió cuanto le permitieron sus fuerzas; de un momento a otro esperaba recibir el mensaje de plomo que lo fulminase. Y al ver que la agresión no se producía, compuso sus ropas ajadas y se dirigió a la parada del «railway» de Parnasus, disco 6, que le llevaría a la Haigaht Street. De allí seguiría, por la inmensa Market, hasta el Chinatown, para entrevistarse con Burt. De cualquier modo, tenía que verlo y contarle lo sucedido.

No lo había visto aún desde que se separaron en la pista de

Berkeley. Y necesitaba dinero e instrucciones para nuevas «operaciones». Precisamente por buscar a Burt —a quien no encontró en su domicilio—, es por lo que se había acercado en dirección a Moncada Street. En una ocasión, Burt le dejó cerca de allí, mientras acudía a recibir órdenes.

Tuvo suerte esta vez, pues Parowan sólo había salido de su domicilio para ir a un restaurante. Al ver a su cómplice, se sobresaltó y no porque le temiese. Pero su aspecto parecía el de un hombre que regresase del otro mundo. Pálido y tembloroso, con restos de sudor y de tizne pegados a su frente y los cabellos en desorden; la misma ropa estaba destrozada y sucia. Y aunque en el Chinatown tales muestras de desaliño eran corrientes, Parowan se sobresaltó.

—He visto a Harry Gold; le despisté en cuanto empezó a seguirme —se justificó el bandido—. Tal vez perdí la serenidad; pero lo cierto es que no quiero volver a presidio. Le tiré el cuchillo en Sutro Frest y estoy seguro que le di; pero no de gravedad, por desgracia.

—¡Estúpido! ¡Has metido la pata! —Escupió Burt—. Hay que comunicárselo al jefe inmediatamente...

Se dirigió al teléfono, adosado a la pared, mientras Ray se disponía a adecentar su ropa. Parowan llamó a un número y esperó unos minutos.

—Están avisando —dijo a Ray, tapando el receptor—. Llamo a un tipo que no sé quién es y él conecta con el jefe.

Un par de minutos más tarde. Burt hablaba atropelladamente, con y frases convenidas.

—Número «Dos» encontró a «Oro». Le dio «recuerdos» afectuosos y está seguro que volverá... ¿Qué hace?

—Guárdalo en tu casa y ven tú por aquí —dijo el «boss»—. No conviene usar el teléfono. ¡Que «Dos» no salga a la calle!

Nada más hablaron los dos hombres. Al colgar el «micro», Burt se volvió a su cómplice, y le dijo:

—Ya sabes las órdenes, chico. Tienes que estarte en mi ratonera, sin asomar las orejas hasta que yo vuelva.

—¿Y el dinero? —preguntó Ray, ignorante.

—Hablaré con el jefe de ello —replicó Burt—. Precisamente nos debe unos miles y ahora tendrá que pagarlos... En la nevera tienes la comida que necesites. Coge una frasca de *whisky*. Pero no armes escándalo ni se te ocurra salir.

—Descuida —prometió Ray—. Así lo haré.

Burt dejó el Chinatown con notable cautela. Y sus movimientos,

aquella noche, tuvieron él mismo denominador común de prudencia y efectividad. Llegado a la casa del «boss» —Jim McLaren dormía en el mismo local de las oficinas—, recibió orden de su jefe de liquidar a Ray.

—Hay que eliminar a ese cobarde —dijo la voz. Y más ahora que Gold está sobre su pista. Conviene que dispongas alguna cosa de modo que, en el caso de descubrirse el asesinato de Lil, caigan las sospechas sobre Ray, y tú quedes libre...

—Y usted, por consiguiente —se atrevió a insinuar Burt.

—¡Eso es cuenta mía! —le contestó el «boss»—. No te olvides de que yo sé cuidar de mí... ¡Vete aprisa y actúa con talento!

Parowan volvió, camino de su casa; pero antes buscó alojamiento para Ray. Vio un anuncio, en el que se ofrecían habitaciones vacantes, exteriores. Y la casa tenía una magnífica escalera para casos de incendios. No necesitaba más.

Vuelto al Chinatown, Burt procuró calmar las suspicacias de Ray. Explicándole, en primer lugar, que no había cobrado aún el precio del crimen.

—Mañana nos pagará el jefe —indicó—. Pero es necesario que salgas de aquí, pues te buscan por este barrio; me consta. Vendrás ahora conmigo y tomarás una habitación bajo nombre falso.

Todas las susceptibilidades de Ray y su miedo fueron ahogados por las palabras afectuosas del hombre que estaba preparando su muerte. Salieron juntos y se encaminaron hacia el nuevo refugio. Llegados frente a la casa de huéspedes, Burt se quedó abajo, en la calle, al pie de la escalera de incendios. Le bastaría dar un salto para alcanzar la última rampa deslizante.

Cuando recibió la seña de Ray, ya en su habitación, trepó, ingrátido, como una sombra. Jones le abrió una ventana para que pasase a su habitación y contemplase sus nuevos dominios.

—Esto está bien, pero es caro —dijo el bandido más joven, sin desconfiar de su cómplice—. Si el jefe no te da el dinero mañana, vas a tener que prestarme unos dólares...

El rostro innoble de Burt se contrajo con una sonrisa falsamente cordial.

—Ya sabes que en mi tienes un buen amigo. Cuenta con lo que necesites hasta que nos paguen. ¡Toma! Aquí tienes un par de cientos.

Ray quedó deslumbrado, no sólo por la cantidad de billetes menudos, sino por la aparente generosidad de su amigo. Contó con mano ávida, mientras Parowan, con una sonrisa, disimulaba el sacrificio que le suponía desprenderse del dinero, aunque sólo fuese

transitoriamente.

—¿Por qué no te ha pagado el jefe? —preguntó Ray—. ¿Es que no has podido verle, o que no se quedó satisfecho del trabajo?

—Lo he visto y está contento —argumentó Burt. Pero me ha pedido una declaración del hecho, que no he sabido dar... ¡Oye!— añadió, como dominado por una súbita idea. —Tú entiendes más de letra... ¿Por qué no me haces ese favor?

—Porque no soy idiota, precisamente —contestó Ray—. ¡Qué más quisiera la «bofia» que echar la zarpa a una confesión mía! Y por escrito nada menos —rió, soez.

—Pero ¡tú no me entiendes! —dijo Parowan, con aire contrito—. Lo que te pido es un borrador para yo copiarlo. Luego, cuando tenga el informe firmado, para el jefe, tú rompes la copia y ya está... ¡No tendría nada de particular que la firmases conmigo! —censuró, con cierto tono de disgusto.

Ray miró atentamente a su cómplice. Y la incipiente duda murió en embrión. Le acababa de dar dinero «de su propio bolsillo» y estaba dispuesto a apechugar con una responsabilidad comprometedora. No había que mostrarse con él demasiado susceptible.

—Te lo haré —dijo—. Detalladamente todo, como si tú lo hubieras hecho. ¡Allá tú!

—¡Bien! —convino Parowan—. Pero no exageres demasiado la nota. Cuando lo tengas copiado, lo firmaré. ¡Date prisa! Mañana tenemos aquí unos miles de «pavos» cada uno...

Los ojos de Ray brillaron de codicia. Era un pobrete al lado de Burt, pese a su intelecto y sagacidad. Y empezó a extender su sentencia de muerte...

V

BAÑO DE SANGRE

IMPORTABA poco el requisito de la firma: lo que Burt deseaba era que Ray preparase una confesión, de su puño y letra. No era difícil catalogarle como autor de los hechos, toda vez que podría ser localizado en Berkeley y camino de Stockton y Lodi.

El asunto de la desaparición de la «estrella» Bárbara Kent — conocida así más que por Lil Montrose— había galvanizado a la opinión. Y se hacían infructuosas pesquisas en Monterrey y Santa Mónica. El «roadster» de la popular artista no había sido visto en aquella dirección, y un coche no es tan fácil de ocultar como una persona.

El «boss» que dirigía el tráfico de drogas comprendió que no había más remedio que disparar un cartucho de fogeo. Y Ray, por su encuentro con Harry Gold, era el indicado para aparecer como culpable. Era un tipo sin mucho aguante y que, sometido al «tercer grado», podía ser considerado hombre al agua. Por tanto, lo mejor era liquidarlo valiéndose de Burt. Y así, mientras éste se creía muy listo guardándose la participación de Ray en el doble asesinato, no hacía sino seguir los deseos del «boss». Que iba eliminando, poco a poco, a sus secuaces. A los ejecutores y testigos de sus fechorías.

Cuando Burt vio que la confesión llevaba ya indicados bastantes detalles comprometedores —suficientes para desviar las sospechas hacia Ray Jones—, dio a éste una palmada en la espalda.

—Déjalo estar un poco, muchacho —aconsejó, benévolo—. En todos los oficios se fuma...

Al decir así, ofrecía un cigarrillo al joven, de una pitillera bien provista. Ray eligió un cigarrillo sin vacilar, pero tanto le hubiese dado tomarlo, tras de una cuidadosa selección. Todos los de aquel departamento estaban narcotizados. Y el antiguo boxeador hizo un verdadero alarde de prestímano al aparentar sacar un pitillo —que tenía en la mano— de la misma pitillera.

Los dos hombres fumaron y charlaron; luego, Ray empezó a notar una espantosa pesadez en los párpados, una relajación progresiva de los músculos. A última hora debió darse cuenta de que algo raro le pasaba, pues trató de alcanzar la mesa donde había estado escribiendo. Pero Burt vigilaba, prevenido para cualquier contingencia. Cogió entre sus garras al semiinconsciente bandido y le dijo:

—Un baño te sentará bien, chico... ¡Ven! Te ayudaré.

A regañadientes —notándose extrañamente débil—, Ray terminó de desvestirse, mientras Burt le preparaba un baño tibio, casi caliente. Y cuando su cómplice se metió en él, pensando despabilarse de su modorra, el coloso se dio una habilidad especial para aferrarlo con una toalla, e imposibilitarle para gritar.

—Ahora vas a bañarte de verdad, como no lo hiciste nunca —sonrió Burt, feroz, sujetando los brazos de Ray—. Dicen que la sangre lava los pecados... Pues bien, vas a tener un baño verdaderamente purificador. No te va a conocer después ni tu propia madre...

Ray trató de debatirse entre las forzudas garras y la angustia del soporífero. Dos manos le atenazaron con firmeza, y el agua del baño fue cambiando de color lentamente. Ray trató de fulminar con la vista al falso amigo, con quién había corrido peligros y aventuras. Los ojos verdes del matador de Sammy Montrose no lograron hacer efecto en el pelirrojo; era como si quisiese abatir un roble mediante latigazos. Poco a poco, la angustia que sentía en el fondo de su ser fue aflorando a la superficie, haciéndose más intensa y dominadora.

Una terrible debilidad le hizo entornar los párpados. Y conservó —fijos en ellos hasta el último segundo— los del gran asesino, impasible como un verdugo profesional. Cuando el cuerpo quedó rígido y frío, Burt se dispuso a borrar sus huellas. Todo quedó como una perfecta «*misse en scene*». Y la ventana de guillotina se cerró tras del paso de Burt, ya en busca de la escalera de incendios y la calle. En el cuarto de baño, Ray Jones seguía en la misma actitud: bañado en su propia sangre.

Todas las huellas de la presencia de un segundo hombre habían desaparecido. Burt estaba seguro de ello. Ni la colilla del cigarrillo que fumó Ray ni la del suyo. Ninguna huella dactilar, puesto que trabajó con guantes, y no se desprendió de ellos ni un momento. Nadie le había visto entrar ni salir, y docenas de personas podrían asegurar que Parowan participó en una partida de *bridge* desde el anochecer hasta altas horas de la mañana. Precisamente en el intervalo en que Ray fue visto y perseguido por Harry, y también después de que se encontrase su cadáver.

No se tardó mucho en encontrar el cuerpo de la víctima, pues lo primero que hizo Harry, al llegar a su casa, fue telefonar al F. B. I. La brigada nocturna localizó, en la pensión donde ingresó Ray, sus señas físicas. Y aunque el nombre no coincidía, registraron minuciosamente. Fue tanto más extraño que no abriese la puerta, ya que el ruido hecho por los policías era capaz de despertar a un

muerto.

Dos policías constataron el fallecimiento, y tuvieron el acierto de no dar publicidad al suceso. Fue realizado así ex profeso, para la mejor marcha de las investigaciones. Harry, avisado por sus agentes, les pidió que no hiciesen otra cosa que avisar una ambulancia, mientras él llegaba.

Vio a Ray, y le reconoció como su contrincante de aquella misma noche. Y empezó a advertir cosas raras: la cuchillada que había hecho sangrarse al bandido, y la carta-confesión, no terminada; de golpe y porrazo, un antiguo contrabandista de drogas se reconocía matador de los Montrose, padre e hija, y lo hacía de una forma amplia y espontánea, cuando horas antes luchó a muerte para evitar ser detenido.

Por otra parte, Harry Gold conocía sobradamente el hermetismo de Ray. Lo demostró al no tratar de perseguirlo y acorralarlo en Sutro Frest. En buena psicología, Ray Jones no era un delator, ni un cobarde. El encuentro con Harry no podía haberle intimidado hasta el punto de hacerle atentar contra su vida.

Registrada la habitación que ocupaba Ray, se vio que éste disponía de escasísimos dólares, insuficientes para pagar su hospedaje durante una sola semana.

Aquello sí podía ser causa determinante de una situación desesperada, aunque seguía repugnándole a Gold la idea de que el bandido se hubiese quitado la vida por ello. Conocía sobradamente la catadura moral de los «gangsters» y sus típicas «reacciones» para solucionar sus apuros económicos.

Y no era, precisamente, la propia vida la que sacrificaban, sino la de algún semejante que no vaciaba con la debida rapidez sus bolsillos cuando se le conminaba, con una «Luger» delante de las narices, a que lo hiciera. Ello parecía dar a entender aparentemente que Ray había vuelto a morir, como los elefantes, a la ciudad, teatro de sus hazañas en tiempos de Mike Salton.

Y suponía un fondo de romanticismo —más que de cobardía o de fracaso— en el individuo que sólo unas horas antes había demostrado temer la cárcel y ser lo bastante decidido para luchar por su libertad. Allí había un misterio que había que desentrañar.

Los técnicos del Departamento federal observaron pequeñas partículas de ceniza de tabaco; pero tanto podían ser de un cigarro que Ray arrojase por la letrina, antes del baño, como de un anterior huésped de la pensión. El negocio no se destacaba precisamente por su limpieza.

Respecto a la ventana de guillotina —imposible de abrir desde

fuera—, no tenía huellas visibles del paso de Burt Parowan. El conserje de la pensión, y un «botones» que le hacía compañía nocturna, juraron y perjuraron que Ray penetró sólo en sus habitaciones.

La ausencia de huellas digitales hizo el resto. Todo parecía concluso: ruina, terror, desesperación, y muerte por suicidio. El caso hubiera estado liquidado para cualquier otro que no hubiera sido Harry Gold, el «aprendiz» de policía.

Al día siguiente, al leer los periódicos, Burt Parowan tuvo el mayor sobresalto de su vida. En primera pagina, con grandes titulares, campeaba el retrato de Ray Jones. Encamado y rodeado de frascos de suero y plasma, pero vivo. Los letreros indicaban que podría hacer declaraciones en breve plazo; pero que, de momento, el doctor Warden había prohibido en absoluto que se le molestara. Era una prescripción facultativa, que la Policía no podía en ningún caso violentar.

Un resumen del suceso que daba la Prensa no era muy explícito. Danny Falsh, vecino de la pensión, se había acercado al cuarto del nuevo huésped para pedirle unos fósforos. Le creyó despierto, al ver la luz encendida. Extrañado de que no le contestase, insistió en su llamada; hasta violentó la puerta y penetró en el cuarto. Encontró a Ray agonizando, y su primera idea fue tapar con esparadrapo la herida. La segunda, avisar a la Policía, que se personó en el lugar del suceso, practicando las primeras diligencias, con su habilidad y celo característicos.

La frase de rutina sentó a Burt muy mal. Tanto que si los periodistas hubieran indicado que Ray le delató como su matador frustrado. «Indudablemente» —pensó—, la Policía llegó tarde, como siempre, y actuó con las vacilaciones propias de una emergencia. Pero el público no debía saber aquello; tenía que dormir confiado en sus guardianes. En la odiosa «bofia»...

Burt salió de la casa, y se dirigió al *City and Country Hospital*, inmensa manzana de edificios que ocupa el sector comprendido entre Potrero Avenue y Vermon Street, por un lado, y las Veintidós y Veintitrés Street, por el otro. No llevaba un plan preconcebido, y sabía que la Policía le buscaba con indudable interés. Tenía confidentes que le comunicaban sus informes, poniéndole en guardia contra cualquier peligro que pudiera amenazarle.

Pero en la improvisación fiaba Burt mejor que en la más rebuscada de las estrategias. Y no le fue difícil, ya dentro del hospital, deambular por las salas. Una pequeña tira de esparadrapo, a manera de disfraz, le tapaba la cicatriz de la mejilla, como si se

tratase de un enfermo que acudiese al hospital a practicar su cura diaria.

Encontró a un sanitaria, que le orientó hacia una sala de pago, vacante. La propina del hombre enguantado le hizo mostrarse obsequioso en demasía.

—No me disgusta la habitación —dijo Burt—. Seguramente la tomaré...

El sanitario se encontró en plena mandíbula —en el momento de volverse— con un puño cerrado. Macizo. Antes que diese el menor grito de alarma, otra maza acudió a reunirse con su compañera, en el lado opuesto del cuello. Y el hombre se abatió sobre el lecho sin hacer ostensible su protesta. En segundos fue despojado de su batín y del casquete que le cubría los cabellos, y ligado y amordazado con eficiente rapidez.

Cinco minutos después salía de la habitación al pasillo un «nuevo enfermero». El auténtico yacía inconsciente debajo del lecho, y permanecería allí seguramente horas enteras. En realidad, Burt estaba dispuesto a terminar su misión sin reparar en medios.

Al tropezarse con un «colega» le abordó con su habitual desparpajo:

—Oye —le dijo—; ¿adonde está ese tipo que trajeron anoche desangrándose? Un tal Jones...

—¡Piso alto, setecientos veintiséis! —contestó el otro, con el laconismo propio de un telegrafista.

Le fue bien, no obstante, pues Burt estaba dispuesto a desencuadernar a cualquiera que le obstruyese el camino. Llevaba en uno de los bolsillos del uniforme un grueso revólver, dispuesto a escupir fuego y plomo sobre el primero que le cerrase el paso. Y desdeñando el ascensor, subió hasta el piso séptimo del edificio. Buscó la habitación indicada y, con sigilo, púsose a escuchar. Dentro no se oía el más pequeño ruido.

Con la secreta esperanza de que Ray hubiese fallecido sin hablar, Burt tabaleó en la puerta. Nadie le contestó, ni siquiera un leve quejido. Cogió el pomo y lo hizo girar suavemente. Al mismo tiempo, con una mueca satánica, manifestó su alegría: la habitación estaba abierta, en sombras.

Sin vacilaciones, Parowan se dirigió a una ventana y recorrió los cortinajes. Luego elevó el cristal y echó un vistazo. Desdeñando la puerta recién cerrada, y la de una habitación contigua, se acercó al bulto tapado con las sábanas. Desde luego, alentaba aún: era perceptible su pulso a través del embozo. Ray había sabido encontrar reservas para vencer en la última asechanza.

«No es conveniente usar el revólver —pensó Burt—; armaría demasiado ruido. Será preferible estrangularle. Poca resistencia opondrá, como se encontraba...»

Una mueca feroz entenebreció el rostro repelente al acercar Burt sus manazas al cuello de la víctima. En el último momento, un vago temor le asaltó. ¿Y si no fuese «aquello» Ray? Estaría bueno que el tipo que le dio la información se hubiese equivocado... No le preocupaba gran cosa matar a un inocente, pero sí el tiempo perdido y tener que volver de nuevo a buscar a su víctima; no podía permitirse el lujo de equivocarse. Tiró de la sábana del sudario blanco que cubría el cuerpo rígido, envarado.

Y se llevó la mayor sorpresa de su vida. No se trataba de Ray, en efecto..., ¡sino de un hombre completamente vestido!, y con los ojos tan abiertos como si a ellos confiase su vida. Dos garras se lanzaron en dirección a la garganta de Burt, mientras un grito de aviso surcaba el aire.

Reaccionando a tiempo, Parowan se revolvió como una fiera acosada. Porque de la habitación contigua —que no se cuidó de examinar— surgieron otros dos hombres dispuestos a la lucha. Y en el pequeño cuarto se desarrolló una escaramuza feroz.

El tipo que había saltado de la cama se lanzó contra Burt. Pero debía tener pocos conocimientos acerca de la fortaleza del bandido, ya que le desestimó. En el acto se encontró cogido de las piernas y arrojado contra sus dos amigos como un fardo. Describió un amplio semicírculo en el aire y fue a estrellarse contra ellos, de cabeza. Un disparo se oyó en la habitación, al mismo tiempo que la voz bien conocida de Harry Gold:

—No lo matéis... —gritaba—. Hay que cogerlo vivo a toda costa. ¡Dejádmelo!

No había vanidad en la voz, sino auténtico deseo de captura. Por otra parte, en el exterior del cuarto se oían ya carreras y llamadas. Dentro de poco no habría escapatoria posible. Y Parowan, percatándose de la trascendencia de la trampa, saltó al alféizar de la ventana, y, sin un titubeo, aprovechando el desconcierto del momento, empezó a caminar por la cornisa del edificio. Llevaba en la mano derecha el revólver, dispuesto a fulminar a cualquiera que se asomase. Por la ventana recién abandonada, o por cualquiera otra del edificio.

A una altura vertiginosa, recibiendo en el rostro el vientecillo de la bahía. Burt saltó de modo inverosímil del alero a otro que le cortaba en ángulo recto. Un grito de pánico se oyó en algún sitio, mientras Harry ordenaba a sus hombres:

—Tenéis que dejarlo escapar. Fingir que le perseguís, sin acosarle demasiado. Si es necesario, disparad contra él, procurando no inutilizarle las piernas. Es necesario que corra como un gamo...

—¿Qué va a hacer, inspector? —preguntó uno de los policías, al ver que el joven se lanzaba por el camino fantástico del alero.

—Seguirle también —contestó Gold, sin sombra de temor en la voz.

Cabalgó en el alféizar y siguió al bandido, imitándole incluso en su atrevido salto en busca del alero fronterizo. Burt había alcanzado, a fuerza de puños, la terraza inmediata, y corría por ella desalentado. Por el camino se fue desprendiendo de su batín sanitario, recuperando su verdadero aspecto. Confiaba poder confundirse con el público que andaba por el edificio, y pasar inadvertido en la salida. De no ser posible, el arma que empuñaba le procuraría una salida.

Burt cruzó varias avenidas en curva y se adentró luego por el distrito de Ingleside. Caminando siempre, llegó a desembocar en Moncada, y, luego, con un último vistazo atrás, entró en el edificio de la McLaren Corporation. ¡Nadie! Estaba completamente seguro.

El viejo importador le facilitó el acceso a la habitación del «boss», luego de los trámites de rigor. Y al encontrarse frente a frente con su jefe, apenas visible en la oscuridad, le explicó todo lo sucedido.

El contrabandista le escuchó en silencio; sin hacer comentarios que revelasen intemperancia o mal humor. Y cuando Burt terminó de explicar sus desventuras le dio su opinión, secamente:

—¡Bien está! —dijo—. No me acobarda el peligro; de cualquier modo puedo escapar sin dejar rastro... Y es buena cosa que Ray haya muerto, aunque la trampa nos haya puesto en evidencia. Ahora, que te buscan, debes alejarte de la ciudad. McLaren te dará un fajo de dólares.

—Pero..., ¿adonde voy a ir? —preguntó, intranquilo, el bandido—. Vigilarán puertos y carreteras... ¡Todo!

—Eso es cuenta tuya —dijo la voz, sin entonación.

—¡Y de usted, rayos! —protestó Burt—. Yo le ayudé y ahora usted me ayudará también. Mi identidad está en manos de la Policía, y si me cogen...

No dijo más. Pero como por ello apuntó muchas posibilidades, el hombre agazapado en las sombras meditó, y debió cambiar las palabras del bandido. Pese al miedo aparente de Burt, enfrentar al «boss» y lanzarle una velada amenaza suponía valor, del que no dieron muestras hasta entonces ninguno de los otros esbirros.

—Has averiguado cosas por tu cuenta, ¿eh? —preguntó el jefe, insidioso—. Es posible que, si no te ayudo, alguien sienta curiosidad por los negocios de mi oficina de importaciones. Tal vez una carta sea echada al correo, si no apareces, o te atrapan en un momento dado... ¿Acerté, «amigo»?

—Puede haber algo de eso —dijo Burt, sin aprensión ante el tono vibrante y contenido de su amo.

—Me gustas —dijo el «boss» espontáneamente—. ¡Porque eres inteligente, audaz y ambicioso! Tal vez eso cause tu ruina; pero por el momento voy a ayudarte. Lo prefiero a pegarte un tiro ahora y arrojar tu cuerpo a una alcantarilla... ¡No te traicionaré, puedes estar seguro!

—Eso espero —dijo Burt, sonriendo, siniestro. Para bien de los dos. Y...

Se calló. Tuvo la impresión de que, repentinamente, se había quedado solo. Algo se movió en las sombras, y éstas se estancaron luego como las aguas cuando cesa la causa que las agita. Burt esperó tranquilo. No temía a la muerte.

Unos segundos después una mano aleteó cerca de él, y un pequeño rectángulo de cartulina se agitó, próximo a su rostro. Burt lo tomó con movimiento automático y oyó la orden de retirarse.

Abajo nuevamente, recibió un buen montón de billetes. Y cuando salía de las oficinas examinó la tarjeta de presentación. Era para un director de estudios cinematográficos, y le garantizaba como un actor «de carácter»...

—¡Maravilloso! —exclamó Parowan, satisfecho. Dorothy se alegrará de verme trabajar en películas...

VI

UNA PERSECUCIÓN FANTÁSTICA

NO erró Burt Parowan al desconfiar del chófer del taxi que tomó al salir del hospital, luego de su frustrada represalia contra Ray Jones. Y no porque el conductor fuese policía —harto miedo tenía él de transportar a un asesino—, sino porque el F. B. I. lo utilizó para seguir a Burt, sin seguirlo. Se trataba de un coche de alquiler normal, y de un conductor perfectamente atemorizado, cosas ambas necesarias para disipar las sospechas del forajido. Pero tenía un aditamento... mecánico. Una pequeña cámara tomavistas que fotografiando a Burt durante su trayecto. Aunque estaba fija en el salpicadero, retrató a Burt desde todos los ángulos, y ello fue debido a la indudable nerviosidad del bandido. Cada vez que volvía él rostro, o miraba a los lados, la máquina iba impresionando su rostro repelente.

Y como quiera que Harry recordaba perfectamente a su antagonista de la playa Bakers, no tuvo ya duda de que un diabólico plan se estaba fraguando relacionado con el asunto que estaba encargado de investigar: las drogas. Y que una secuencia trágica del mismo fue la muerte de Sammy Montrose y la desaparición de su bella hija. Como el anciano no parecía un factor importante en la investigación —dada su vida aislada y sin complicaciones—, todo el afán investigador se concentró alrededor de la joven, y, por consiguiente, de su vida artística en los estudios. Algo relacionado con drogas, desde luego, ya que este delito era la especialidad, en vida, de Ray Jones.

Las «fotos» de Burt, debidamente ampliadas, fueron reproducidas en serie y repartidas entre todos los agentes federales de San Francisco. Enviadas incluso fuera del territorio de California, para el caso de una posible evasión del criminal. No se dudaba ya que quien huyo del hospital era el asesino de los Montrose. He aquí cómo el deseo de aventar una pista llevó sobre ella un verdadero huracán. Que no se llamaba Jack «el Rojo», aunque le andaba cerca.

Harry conocía al israelita Lew Ophenheimer, propietario de la Star Films, donde trabajó Lil Montrose. Y le constaba que no era un contrabandista por varias razones. La primera es que poseía dinero suficiente para permitirse una vida regalada. Y la más importante: su cobardía. Tenía un respeto saludable a la Ley, que podía convertirse en terror pánico al enfrentarla. Y la sonrisa eternamente

a flor de labios del judío garantizaba su honradez. De haber sido tan magnífico comediante para saber disimular su intranquilidad, Lew Ophenheimer hubiera trabajado a sueldo de Lew Ophenheimer para ahorrarse unos dólares a sí mismo.

En virtud de una conversación secreta y confidencial, numerosos agentes del F. B. I. fueron «contratados» para rodar en los estudios como «extras». Al dueño del negocio aquella proposición le causó un íntimo placer: los federales no cobrarían un centavo por el rodaje. Algo entibió su alegría, no obstante. Hubiera deseado hacer una película policíaca, en la que los voluntarios acudiesen vestidos con sus propios uniformes. Pero no podía pedirse todo.

Colocadas sus redes en el mismo sitio donde el misterioso «boss» tendía las suyas, sólo quedaba esperar. No en una molición constructiva, sino espiando. Sobre todo a las personas en cuyo rostro se advertían las inconfundibles huellas del «tomador» de drogas habitual. Hombres y mujeres artistas, sometidos a un intenso «surmenage», acudían al lenitivo de los estupefacientes. Sin alcanzar a comprender que, codo con codo, trabajaban junto a ellos agentes encargados de terminar con el criminal tráfico.

Cuando un «astro» —o figurón de conjunto— quedaba extenuado en las sucesivas «poses» ante la cámara, y poco después volvía a aparecer deslumbrante, plétórico de optimismo, ya se sabía. Una de las drogas heroicas —«venenos de la inteligencia», como las denominó Legrain— acababa de serle suministrada de algún modo. Por medio de inyección, por vía digestiva o inhalada, entre el tabaco de un cigarrillo dopado.

Basándose en aquella forma de obrar, que le había dado una falsa fama de inexperto, Harry no siguió —ni mandó seguir— al forajido. La ciencia está al servicio del bien, y era lógico utilizarla antes de arriesgar vidas humanas. El inspector se valió de un truco puramente mecánico para investigar las andanzas del individuo. No debía excitar el recelo de Burt, en guardia permanente.

Una de las veces que Parowan salió de los estudios, ya de madrugada, el inspector le siguió. Pero a una distancia tan absurda que parecía increíble. Quien conozca San Francisco puede comprender, que dada su inmensa población, y su actividad, sólo pegándose al cuerpo del seguido se tiene probabilidades de no perderlo de vista. Pero Gold empleaba un procedimiento que hubiera hecho palidecer de envidia al mismísimo Sherlock Holmes.

A pesar de que poseía una buena vista, tapaba sus ojos grises con unas gafas de recia montura. No era sordo, y, sin embargo, de su oreja izquierda pendía un cable, muy parecido a los que

empleaban los que fallan de oído, y que iba a perderse en un bolsillo de su americana. El sombrero que ocultaba asimismo los rubios cabellos tenía sujeta a una cinta interior una diminuta pistola, parecida a un juguete. Harry Gold había salido de caza. Sus bolsillos eran un arsenal digno de cualquier aventajado revientapisos.

Pero su lentitud en la marcha y la aparente indecisión tenían una causa muy justificada. Así como aquella especie de hábito de mirar al suelo. Sus gafas no eran sino un dispositivo de cristales de construcción especial, que producían un efecto físico anormal. Y él cordón que iba a parar a su bolsillo conectaba con una minúscula batería de rayos infrarrojos. Estaba siguiendo las pisadas de Burt Parowan a más de una milla de distancia y a un intervalo de tiempo de cerca de un cuarto de hora.

Seguía un rastro invisible para cualquier otro, incluso dotado de la vista más perspicaz. De las botas del «gángster», debidamente acondicionadas durante su «trabajo» en los estudios Star Films, se desprendía una sustancia casi incorpórea, sólo visible en su fosforescencia ante las gafas especiales del inspector. Y sus paradas y vacilaciones tenían una explicación.

Así, llegó frente al edificio de la McLaren, en Moncada Parkway. La puerta del edificio estaba cerrada, pero eso no fue obstáculo para el inspector. Acentuando sus precauciones, se refugió en el quicio del portal, como para encender un cigarrillo. Lo hizo así, en efecto, pero la llamarada del fósforo sirvió más para ver el tipo de cerradura y buscar la llave maestra que iría bien. Unos minutos después, Harry subía las escaleras del edificio.

Siguiendo los pasos del bandido, visibles sólo para él gracias al dispositivo óptico, atravesó varias habitaciones dedicadas a oficinas. Con los músculos en tensión, atenuando el ruido de sus pasos por el calzado especial, avanzaba Harry con la silenciosa elasticidad de un felino. Y así llegó ante lo que fue para él la mayor sorpresa de su vida.

Esperaba encontrarse, al cabo, frente a Burt Parowan y su misterioso jefe. Y resultó que las huellas desaparecían ante una pared. Mejor dicho, ante una especie de caja de caudales de aspecto inofensivo. Burt se había volatilizado misteriosamente.

En el primer momento, Harry pensó en un truco para eludir la investigación. El pelirrojo podía haber montado en un carrito de ruedas y ser remolcado por manos cómplices. De haber cesado las huellas frente a una ventana, Gold no hubiese vacilado en pensar que el criminal había salido al exterior valiéndose de una escala o

tobogán. Tenía ante sí la prueba de que no se escatimaban medios en aquella organización.

Trató de mover el arca de caudales, adivinando algo; pero al comprobar su solidez, se quedó sin habla. Y se decidió por lo inevitable; abrir aquel mueble metálico. Tenía un formidable «*stock*» de herramientas para violentar cerraduras.

Tanteó, y, después de un rato de espera, consiguió abrirlo. Dentro del mueble no cabía un ser humano; eso era evidente. Y, por otra parte, los papeles que había dentro del arca no tenían nada de sospechosos. Eran documentos que hablaban de una vida comercial íntegra y laboriosa.

Por primera vez vaciló Harry. Se despojó del sombrero para enjugar el sudor incipiente que le invadía. No era calor, propiamente dicho, sino una sensación angustiosa, de cosa imposible, ilógica. Miró en el suelo, y no advirtió señales en el *parquet*, de haberse corrido el arca para permitir el paso a alguien tras de ella. No había rozadura ni arañazo en la madera.

Cierto es que no se le ocurrió la idea de unos pivotes invisibles, de toda una obra de ingeniería hecha en el muro entre aquella casa y la colindante. Otra vez la idea fantástica revoloteó en su imaginación. Y era natural. Estaba a oscuras en un lugar desconocido, y el hombre que siguió con éxito a través de media ciudad se le había escapado ante las propias narices.

VII

LA REINA ENTRA EN JUEGO

TANTO los «extras» como la élite triunfadora de la Star Films, consideraban a Charles Lebanon como un hombre popular y simpático. Incluso durante el rodaje de las escenas difíciles, en que la falta de comprensión o acierto de los artistas excita y deprime, él se mantenía —como director— en notable ecuanimidad. Y a la hora de cuitas y problemas, cada uno de los elementos a sus órdenes encontraban en Charles al camarada, no al jefe.

Ni el cerebro más retorcido u hostil le hubiese asociado con un auténtico capitán de bandidos. Llevaba su cuarentena y su inveterado celibato con magnífico humor, incapaz de alterarse en detrimento de sus subordinados. Sin embargo, él y no otro era el que dirigía la banda de contrabandistas de drogas de San Francisco, y sabía permanecer entre su pandilla invisible. La explicación de su buen carácter podía ser tan sencilla como la de no precisar el dinero mal adquirido; la tónica de Lebanon consistía en delinquir por el mero hecho de burlar la Ley.

Odiaba a Harry Gold, a quien sólo le debía el beneficio de haberle eliminado a su anterior rival Mike Salton. Y su odio tenía por causa que se le parecía extraordinariamente en el carácter. No obstante, el agente federal no era hipócrita. Sus hombres le querían también, pero el inspector estaba seguro de no ser traicionado por ellos. Pese a que no les ofrecía oro, sino dolor y miserias.

Por todo ello se justifica que Charles Lebanon ordenase a Burt agredir a Gold, incluso quitarle de su camino si era necesario o fatal. Adivinaba en Harry —tras de su aspecto endeble en apariencia, desmañado y torpe— una inteligencia poderosa, un hombre enamorado de su profesión y con la dura tenacidad de una roca. Gustaba de emplear, siempre que se trataba de mencionar al joven, epítetos mordaces y denigrantes, tales como «aprendiz de policía» y «afortunado celador». No hacía mención jamás de los golpes adversos encajados por el inspector con amplio sentido deportivo, dignidad profesional y espíritu de camaradería.

Lebanon tenía en sus manos una jugada definitiva, con la que culminaría su carrera de éxitos. Greyéndose a salvo de sospechas, se disponía a realizar su baza maestra, abandonando después, rico y feliz, el escenario de sus múltiples crímenes. Charles Lebanon se resentía de su soledad, del hastío de los amores fáciles, y deseaba

encontrar una compañera ideal. La reina de su fermentido tablero de ajedrez.

Fracasó en un principio cerca de Vilma Hawthorne, oscura artista de conjunto entre la legión de cineastas. Pese a su modesta situación en la Star Films, la espléndida morena desoyó y desdeñó las insinuaciones de Charles, el todopoderoso. Huérfana, sin medios de fortuna, supo rehusar falaces promesas de dinero, de prosperidad artística. Y entonces el bandido comprendió que hay algo que no puede comprarse con dinero, que una barrera, alta e infranqueable, se alza incluso ante las patas del más ágil y brioso caballo. En el «hándicap» que Lebanon había emprendido, por «spleen», la valla del amor y de la muerte tenían alturas gemelas.

Entonces empezó a enamorarse de Vilma; al comprender que la joven era más rica en su pobreza, más fuerte en su indefensión. No pareció molesto por la repulsa, y ante el asombro de ella no esgrimió represalias por su desprecio. Por el contrario, el gran hipócrita acentuó su aparente simpatía hacia todos los que le rodeaban. Tartufo estaba jugando su papel no ante la cámara tomavistas, sino detrás de ella.

Elevó la categoría de Vilma, confiándola más y mejores papeles. Y la bellísima mujer demostró que servía para desempeñar un «rol» estelar. Trabajó hasta agotarse, buscando siempre la superación. Y en la tarea agotadora las drogas —por medio de oficiosas amigas— le salieron al paso. Lebanon iba a conquistar la plaza metiendo una cuña en terreno enemigo.

Cuando la pobre *miss* Hawthorne estaba notablemente madura por las drogas, éstas dejaron de serle suministradas. Bastó para ello que Charles, en su papel de «boss» contrabandista, dejase de servirles a la fuente normal de la que Vilma se surtía. Y la artista fue encargada de hacer un papel mundano y frívolo, cómico, cuando su tensión anímica, ante la falta del estimulante, sólo la permitía, a lo sumo, encarnar a la heroína de una tragedia. Fracasó, inevitablemente.

Y como quiera que hay un veneno más sutil que los opiáceos, que produce el mismo efecto desastroso y que se llama triunfo. Vilma pasó por tormentos indecibles. Buscó la droga y no pudo hallarla; todas las puertas de suministro se cerraban ante su doliente petición. Con el mismo gesto impío o indiferente.

Entre bastidores, Lebanon acechaba la claudicación. Y se dispuso a asestar su golpe definitivo cuando Vilma dejó de acudir al trabajo, refugiándose en su hotelito del Sunset Distrit. La excusa que dio para no asistir a los estudios es que se hallaba enferma. Y lo

terrible, que no podía acudir a ningún médico, ni tender el brazo, implorante, a una mano amiga. Estaba sola en San Francisco, la inmensa urbe; más solitaria y sin amparo que si se hubiese extraviado en el desierto de Mojave, al norte de Los Angeles.

Eso creía, al menos. Lo único cierto es que la mirada de la Ley, en la persona de uno de sus agentes federales, estaba fija en ella. Y si para el delincuente habitual esa seca e inflexible deidad es como una cruel madrastra, para Vilma iba a ser una madre amantísima, una enfermera y una amiga. A quien poder confiar sus cuitas sin que su mirada se hiciese despiadada o despectiva.

No fue sino una casualidad que Harry Gold se pusiese en el camino de la actriz. Pues aunque su nombre, como el de docenas de narcotizados, figuraba en un «*dossier*» secreto, el inspector no hubiese acudido en su busca de no haber seguido los pasos del «boss». De esta forma, la Providencia iba a administrar justicia y caridad, a la vez.

Charles Lebanon tomó su coche, y saliendo de los estudios sitos en Lakeside, enfiló en directa el boulevard Skyline, para dirigirse al domicilio de la artista. No podía extrañarle la presencia de un cochecito particular que siguió al suyo cuando docenas de ellos jalonaban la amplia pista. Ni siquiera volvió una sola vez la vista, valiéndose del espejo retrovisor. Fiaba en su impunidad como en un ángel custodio, tanto más que su gestión cerca de Vilma estaba justificada —como todos sus actos públicos— con un pretexto.

Una jovencita afable le atendió en primer lugar.

Y aunque ya una evasiva estaba a flor de labios, bastó la mención del nombre de Lebanon para que obrase efecto el misterioso sésamo. Con una reverencia, la doncella corrió en busca de su ama. Y aunque Charles entretuvo la espera observando el exterior, a través de la ventana del vestíbulo, no pudo ver a Harry Gold, que acudía a pie una vez vio detenerse el coche del bandido.

Anohecía ya, y tal vez esto le sirvió de parapeto al inspector frente a la curiosidad un poco desvalida del «boss». Lo cierto es que Harry no se detuvo ante el edificio como un vulgar polizonte. Su papel directivo le autorizaba y exigía tomar la iniciativa. Y en su bolsillo llevaba una orden de registro, firmada por el brigadier general, que le valdría para penetrar en cualquier edificio a cualquier hora del día o de la noche. Le bastaba con rellenar en un momento dado, el lugar en blanco que correspondía a las señas.

—Pase usted, míster Lebanon —dijo la pizpireta doncellita al regresar al piso bajo—. Mi señora está delicada, como usted sabe. Pero tratándose de usted, puede recibirle...

—¿Qué tal se encuentra? —preguntó el redomado hipócrita, mientras ascendía hasta el primer piso tras de la jovencita uniformada.

—Mal, señor. ¡Muy mal! —Se sinceró la sirvienta—. Pasa los días como loca, paseando como enjaulada. Pero al llegar la noche se agrava más todavía... ¡No sé qué va a ser de ella! Y lo siento —suspiró—, porque es tan buena...

—Todo se arreglará, se lo prometo —contestó Charles—. En cuanto yo hable con su señora y lleguemos a un acuerdo..., digamos financiero.

Con un suave tabaleo de aviso penetró Charles en la habitación que le habían indicado. Al oír la voz autorizándole, giró el pomo de la puerta y dirigió una mirada al recinto, sumido en la penumbra. Apenas pudo divisar a Vilma Hawthorne; apenas pudo reconocer su belleza entre los aparentes estragos de su padecimiento.

Le bellísima morena era apenas una sombra de lo que fue. Profundos surcos morados bordeaban la parte inferior de sus ojos, negros y apagados. El color terroso de la piel, las pupilas contraídas, el temblor perceptible de sus miembros no la identificaban como una triunfadora. Su mirada había perdido el brillo que magnetizaba, convirtiendo a su público en prosélitos de una deidad, en fanáticos de una mujer semidiosa. Ni siquiera se levantó del sillón en que estaba sumida.

—Dispense, míster Lebanon —pidió—. Pero me encuentro muy débil, auténticamente enferma. Y lo peor del caso —trató de sonreír e hizo una mueca— es que no hay salvación para mí...

—Vamos, pequeña..., ¡anítese! —murmuró el hipócrita, con acento cordial—. Los buenos amigos se conocen en los trances amargos. Y yo he venido a ayudarla..., pese a su desvío. El que ama una vez ama siempre.

La artista inició con mayor éxito una sonrisa. Verdaderamente, encontraba la situación risible.

—¿Amor? —preguntó, coloreándose sus mejillas. No se burle de mí, Charles. Nunca me lo tuvo, sino una pasión reprochable. Y ahora, a lo sumo, compasión. No soy tan engreída como para mirarme a un espejo y encontrarme atractiva.

—Esto es pasajero, querida... —dijo el bandido acercándose—. Y para un conocedor, su belleza actual, un poco triste si quiere, conserva todo su aliciente. Con unas medicinas recuperará su brío. Y luego la esperan otra vez el éxito y el favor de las masas. ¡A mi lado, se entiende!

La joven despreció o ignoró la alusión. Hizo hincapié en lo que a

ella la interesaba. Y fue muy humano que reaccionase así.

—¿Medicinas? —preguntó—. Usted quizá sepa las que necesito, pero el médico de la Star parece ignorarlo. Me ha recomendado reposo absoluto, alegando que se trata de los nervios.

Hizo una pausa y prosiguió, ante el silencio expectante de Charles:

—¡Nervios! Nunca padecía de ellos, ni me los encuentro en la actual consunción. ¡Necesito drogas! —suplicó al hombre, que la oía con una tranquilidad infinita.

—¡Lo sé, querida! —dijo, olvidando por una vez su prudencia—. Una amiga de los estudios me ha indicado lo que la ocurre. Y la traigo, juntamente con una proposición magnífica, un trabajo que la situará en cabeza del reparto, la curación. ¡Esto! —exclamó, sacando una jeringuilla hipodérmica y mostrándola—. La riqueza y el amor. Todo con sólo pronunciar una palabra.

Los ojos de Vilma se animaron sensiblemente. El temblor de su cuerpo se hizo más perceptible, y la erraticidad de su mirada se esfumó al clavarse en el rostro simpático y falsamente cordial del bandido. Sólo ella sabía el esfuerzo que le costaba mantener aquella «posse».

—¿De lo contrario? —inquirió, temblorosa.

—Usted es lo suficientemente lista para saber lo que le sucedería —siguió Lebanon.

—No me es posible vender lo que guardo para un objeto de amor —recriminó la pobre enferma.

—Y, a pesar de ese tétrico paisaje que acaba de mostrarme con mano maestra, no claudicaré. Apelo a su caballerosidad, Charles, y le suplico me dé, por caridad, lo que no puedo pedirle a cambio le una transacción inmoral. ¡Se lo ruego! —terminó, tendiendo las manos crispadas.

El aventurero vaciló un segundo. Luego, con una risa condescendiente, sacó un frasquito con tapón hermético, de goma, y pinchó y absorbió su líquido interior.

—Tenga, Vilma —accedió—. El amor ha superado al egoísmo.

Intentó abrazar a la joven, pero ella esquivó al encuentro. Fue un terrible error de estrategia, que había de costar al bandido una terrible desilusión. Había jugado la baza del desinterés, y ahora se volvía contra él de una manera ridícula, risible.

—Amigo Lebanon —recalcó ella—. Cumpliré mi contrato con la Star y recabaré mi libertad absoluta. Hasta entonces sólo amistad puedo ofrecerle...

—¿Y después? —insinuó el bandido.

—Pues... ¡no lo sé! —aseguró Vilma Hawthorne—. El amor no se hipoteca ni se vende; se regala al que sabe merecerlo o tiene vigor para conquistarlo. Sin chantajes ni cobardía, cara a cara. Váyase ahora, Charles. Y hágalo como un amigo que ayudó a una enferma: ¡no pida más!

El bandido no estaba satisfecho, ni mucho menos, del giro que tomaban los acontecimientos. No se atrevió a tocar a Vilma cuando estaba claudicante y sin fuerzas, y ahora su propia resurrección psíquica le imponía. Había perdido el primer momento favorable y no deseó perder el otro.

Abrazó a la joven, arrojando una vez más por la borda prejuicios y tibieza, sujetándola entre sus garras la dominó, pese al nuevo vigor que surcaba a raudales las venas de la bella. Y ésta se resistió como una pantera, encontrando que de todas las fibras de su ser se encaminaban los nervios hasta sus uñas.

Mal lo hubiera pasado la mujer de no haber acudido a los gritos Harry Gold, que había escuchado buena parte de la conversación anterior. Lo suficiente para encarcelar al malvado. Y su entrada en la casa podía ser fácilmente explicada.

—Creo que alguien llamó —dijo, al encararse a las dos personas que luchaban a brazo partido—. Y como mi innato sentido de la hidalguía me hace ponerme siempre a favor del más débil, le ruego, «caballero», que busque el más rápido camino de la calle.

Charles Lebanon conocía a Gold, y pensó que una condenada casualidad le había puesto en las inmediaciones del lugar. Ni por un momento se le pasó por la imaginación que el joven estuviese en aquel lugar tras de su pista. Su culpabilidad estaba escondida tras de una apariencia respetable.

—¿Quién es usted? —preguntó, como si ignorase con quién tenía que habérselas—. Desde luego, un entremetido...

—Pues... ¡verá! —Ilustró Harry—. Soy inspector federal, y tengo atribuciones para penetrar en una casa cuya puerta se halla entreabierta, cuando oigo gritos reclamando auxilio. Pero, presidiendo ahora de mis atribuciones personales, soy lo bastante entremetido, como usted dice, para arrojarle a la calle sin necesidad de que baje las escaleras.

—Pruebe, entonces... —pidió Charles, levantisco. Y conste que no desobedezco al agente federal, sino al particular que se atreve a desafiarme.

Harry no deseaba otra cosa y cogió la ocasión por los pelos. Sin hacer otra ostentación hostil que despojarse de su americana y arrojarla sobre un mueble. Vilma, perdidas en la lucha todas sus

facultades combativas, había quedado reducida a un árbitro de la pelea en ciernes.

Lebanon atacó como un roble que se desploma. Y, por contraste, recibió en ambos costados dos golpes concéntricos, dados con el filo de las manos, abiertas, y que parecieron los hachazos de un curtido leñador. El coloso resolló como el fuelle de una fragua, y preparó nuevamente sus golpes con una cautela que debió usar desde el principio.

Pero era imposible batallar con una sombra intangible, y tal cosa parecía el inspector. Dotado de una maravillosa elasticidad, de una ligereza incomparable, saltaba de un lugar a otro, como si se hubiera disuelto en movimiento puro. Era imposible seguir aquel destello, como lo es alcanzar a un relámpago o frenar una centella. Estaba en todas partes a la vez y en ninguna en concreto.

Tenía una ventaja, no obstante. Si conseguía alcanzar una vez a aquel saltamontes —como le llamaba, iracundo—, las aventuras del inspector Gold tendrían una terminación terriblemente vertical. Caería, de una forma absoluta, en ese pozo insondable que se llama inconsciencia. Y el vencedor podría permitirse un mutis airoso.

Lebanon procuraba darle a la pelea el aire de una competición deportiva. No había delinquido como el inspector, que penetró en la casa de Vilma por concesión de su dueña. Le ligaban a ella relaciones comerciales y podía justificar su visita en todo momento. En la mente del bandido se iba perfilando una idea, que acabaría, de todos modos, con la carrera policial del inspector. No le faltarían influencias para ello.

Entonces tuvo una oportunidad, y la aprovechó rápido. Fue al coger entre sus brazos al inspector, en uno de sus frecuentes y velocísimos ataques. Con una de sus manazas le retorció un brazo, inmovilizándolo como a un pájaro que le cortasen las alas. Y empezó a propinar una serie de golpes, cobardes y contundentes. Cobardes, ante la indefensión de su rival; contundentes, porque concentraba en ellos todo su vesánico afán de exterminio.

En algún sitio de la habitación, Vilma gritó otra vez. Y como si su llamada fuese un clarinazo que estimulase al inspector, Harry dio una voltereta fantástica en el aire, yendo a atenazar con sus piernas la crespa cabeza del caído. La llave de lucha era de las que no tienen una evasiva fácil ni eficaz.

No valían alardes de caballerosidad contra el tipo que arañaba y mordía. Ahogando una imprecación, Harry trató de formar con sus puños una doble maza para apuntillar al coloso, pero no pudo conseguirlo. El brazo izquierdo le pendía, flácido, a un costado. Y

cualquier movimiento con él suponía una atroz tortura. Y, desde luego, ninguna efectividad.

Con el solo puño derecho, Harry castigó cuanto pudo. Pero era inútil ante la resistencia física del «boss». Así, hallando a mano una pata de un mueble despanzurrado, Harry sacudió con ella, filosóficamente, en la cabeza del bandido. Hasta que le vio quedar inerte, sangrando.

—Lo siento de veras —murmuró Gold, levantándose—. Lo siento, por varias razones.

No dijo que una de ellas es que estaba medio inválido, y que podía servirle de magnífica excusa haber acudido en ayuda de una dama en apuros. Lo cierto es que, incorporándose, rogó a Vilma:

—Voy a pedirla un favor, *miss*. Y es que silencie mi actuación en su casa. ¡Se lo ruego!

Había verdadero patetismo en la voz del vencedor, y la joven desistió al comprender. Estaba más interesada de lo que ella misma suponía en el hombre que acudió tan a tiempo en su socorro, y, por otra parte, la explicación que dio Harry de encontrarse la puerta abierta era plausible.

—Pero usted no puede marcharse solo, por sus propios medios —indicó la artista—. Tendrá usted que pedir ayuda...

—Se equivoca —contestó Gold, sonriendo—. ¡Pese a todo, me llevaré a este tipo de aquí para evitarla a usted complicaciones!

VIII

FIN DE FIESTA

OS daré cien mil dólares si me quitáis de en medio a Harry Gold en el plazo máximo de veinticuatro horas —había sido la consigna—. De lo contrario, podéis iros buscando un nuevo patrón, porque os abandonaré, muchachos.

Las palabras eran terminantes, y el premio, capaz de galvanizar a los tipos que se reunían, por última vez, en el local de negocios de McLaren. El mismo viejecillo, pese a sus sesenta años, podía incluirse en la amenaza y la promesa. Era una pieza más del tablero dramático que el «boss» había tenido la habilidad de reunir. Todos ellos formaban un glacis en la seguridad del bandido que los capitaneaba. Y el espolazo de la ambición iba a distribuir por la ciudad de San Francisco una fantástica asechanza contra el hombre que sabía combatir de forma desapasionada.

En su habitación del Chinatown, Burt Parowan cambió impresiones con Dorothy Green, la espléndida «vamp». Y entre ambos prepararon la encerrona en que había de caer, fatal e irremisiblemente el inspector de rostro aniñado y sonrisa fácil.

—Te aseguro que le traeré conmigo —dijo Dorothy—. Nadie es capaz de resistir mí «gancho», y le prometeré a ese palurdo el copo de todos vosotros. Cuando esté aquí, tú te encargas de eliminarlo... ¡Y en paz! —terminó, con un mohín carcelario.

—¿Y si no viniese él solo? —preguntó Burt—. No puedo hacer frente a toda una sección motorizada. Además, no olvides que tenemos que salir fácilmente de aquí, sin complicaciones...

La sugerencia no detuvo a la gentil morena sino los breves segundos que tardó en dominar un rizo rebelde.

—Verás... —prometió—. Le haré venir a la taberna de Jack, muy cerquita de aquí. Y de cualquier modo, «el Rojo» puede echarnos una mano para la zaragata final. Es de la pandilla, y le conviene ayudarnos. Si las cosas se ponen bien, lo liquidamos allí mismo, ya que no es necesario llevarle a tu amo el «fiambre». Y... —Pareció vacilar —en caso de un fracaso, por venir acompañado o cualquier otra causa, le haré subir conmigo al piso. Y aquí..., mano a mano...

Estaba en su despacho trazando un plan de batalla, luego de haber ordenado reforzar la vigilancia en todas las rutas de fuga, cuando un subordinado penetró en la oficina. Traía un curioso

rictus en la cara.

—Ahí fuera tiene usted una mujer que le espera, jefe —dijo el agente, sin tratar de ocultar su admiración—. Viene enlutada; pero le aseguro que si la fachada cubierta con el toldo corresponde al resto del edificio...

En el primer momento pensó Harry que podía tratarse de una española de estirpe. Son la única mujeres que aún no han consentido romper la tradición de sus mayores, a través de una serie de generaciones idóneas, y gustan de cubrir su rostro con la clásica mantilla. Atajó el comentario oficioso del subordinado, y le dijo:

—Hazla pasar, Bobby, y pon en marcha el magnetofón en cuando penetré en el despacho. Así podrás saciar tu curiosidad después...

Verdaderamente, el tipo femenino era maravilloso; pero desde el primer momento, Harry descartó su suposición. Había algo atrayente, demasiado fácil, en la joven que avanzó escudada en su velo. Por un principio de cortesía y caballerosidad, Harry no pidió a su visitante, al invitarla a tomar asiento, que se despojase de aquella original máscara. Y la mujer pareció agradecérselo con una inclinación de cabeza.

Su voz, rica en matices, estaba disfrazada también.

Y entró rápidamente en materia, ante el silencio cortés y expectante de Gold.

—He venido —empezó Dorothy— después de reñir una batalla conmigo misma. No puedo aguantar más a mi esposo, que me da un trato repugnante.

—Creo que se equivoca usted de Departamento, *mistress* —indicó Harry, causando la desesperación de Bobby Lam, que se afanaba en regular, con los auriculares puestos, la impresión de la entrevista en la cinta eléctrica.

—Pues... ¡no! —aseguró la bella enlutada—. No es cosa de la Metropolitana, sino de ustedes. Y tampoco vengo a acusar a Gary de malos tratos. Lo que quiero es que le aparten ustedes del vicio. A pesar de todo..., le amo.

Se oyó un sollozo a través del parapeto de blonda, y el corazón de un agente sentimental empezó a batir desacompañadamente, al otro lado del tabique. Todos los días no había coyuntura para presenciar, siquiera fuese auditivamente, un auténtico folletín.

—¿Drogas? —preguntó Harry, insinuante.

—¡Malditas sean! —aseguró Dorothy, con énfasis bien calibrado—. Y no en pequeñas cantidades: en el fígón de Jack «el Rojo», las

hay por toneladas.

Gold empezó a garrapatear en una cuartilla un nombre y una dirección que le fueron dadas. Oprimió el zumbador a su alcance, causando el natural sobresalto en Dorothy. La señal servía para avisar al escucha que debía comprobarse inmediatamente la veracidad de aquellos extremos, para partir de una base real. Y a los pocos segundos, mientras el magnetofón registraba otras palabras sin importancia, el joven apareció en la puerta del despacho.

—¿Llamó, jefe? —preguntó, tratando de atravesar con la mirada el telón implacable que cubría a la llorosa.

—Sí —dijo Gold, captando la señal convenida. Ordena preparar un coche patrullero; vamos a organizar una redada...

—¡Virgen Santísima! (1) —exclamó la bella, alzando a medias su velo—. No hará usted que me arrepienta de haber venido, ¿verdad?

—Por el contrario —afirmó el inspector, muy serio—. Lo que deseo es que cese de una vez su preocupación, señora.

Dorothy se retorció las manos con indudable habilidad. Al hacerlo, volvió a caer el telón que descubría a medias su rostro, para desesperación del mudo espectador. Bobby se atrevió a reconvenir con la mirada a su jefe.

—Pero... ¿es que usted no comprende! Mi esposo debe estar «allí» ahora —siguió Dorothy—. Y si lo detienen ustedes, quedará expulsado automáticamente de su lugar de trabajo. ¿De qué serviría entonces mi martirio hasta la fecha?

Dorothy, sin llegar a ser una artista de primera magnitud, recordaba sus lecciones de arte y declamación. Y consiguió convencer al inspector para que postergara el «raid». No obstante, sugirió:

—Si ustedes desean atacar a esa gentuza —concedió la mujer farsante—, no tengo inconveniente. Pero permítanme, antes, avisar a mi esposo de algún modo. Puedo ir antes que ustedes, indicándoles el camino.

—Venga con nosotros en el mismo coche policial, señora —invitó—. Y no tema: iremos mi ayudante y yo solos. No necesitamos movilizar a toda la Policía para ese servicio.

—Pero..., puede haber peligro —advirtió Dorothy, jugando su baza maestra.

—De eso no debe preocuparse —aseguró el sentimental—. Por lo menos, durante el camino. ¡Yo iré al volante!

Ni siquiera el leve carraspeo de Harry frenó al impulsivo, en el más amplio sentido de la frase. Sin utilizar la sirena policial, la pareja de federales y Dorothy llegaron a las inmediaciones del

Chinatown, y allí descendieron como tres simples particulares que van dando un paseo. Y cuando la bella enlutada les abandonó, luego de recomendarles paciencia por última vez, Harry Gold dijo a su acompañante:

—Síguela, Bobby, puesto que ése es tu deseo... Pero hazlo con cautela. ¡Esto es una trampa!

—Señor... —protestó el agente.

—¡Vamos; obedece! Ha podido engañarme durante unos momentos esa habilísima comedianta, pero no supo fingir del todo la voz. Te ordeno ir tras ella y no intervenir hasta que sea el momento oportuno.

¿Qué procedimiento emplearían para atacarle? Si era veneno en la bebida, no surtiría efecto, ya que no pensaba acercarse a los labios la bebida que pidió. Trataba de vigilar a la vez todos los rincones del bar, escrutando los rostros de los allí reunidos. Entre la atmósfera densa, casi opaca del humo del tabaco, se materializaban los rostros de algunos antiguos delincuentes. ¿Cuál de ellos sería el sicario?

Unos desvaídos cortinajes se movieron un poco. Y por entre sus pliegues apareció el cañón de un revólver. El inspector no pudo observarlo, pues el humo diluía y difuminaba los detalles. Sin embargo, aquello le salvó. Porque la misma atmósfera impedía al asesino hacer una puntería efectiva.

Sonó un disparo, y una cápsula quemante se alojó en el brazo izquierdo de Harry, muy cerca del pecho. ¡Y precisamente en el miembro dolorido, casi inútil! ¡Buscaba su corazón en la semipenumbra!

Varios nuevos disparos cruzaron el local en ambas direcciones. Chorreando sangre, tocando licor con sus rodillas, Gold disparó una y otra vez, sintiendo el moscardoneo del plomo zumbar a su alrededor, levantando esquirlas de la mesa, clavándose en el paramento inmediato. En un momento en que no disparaba, reconoció la voz de Doug Spencer, azuzando a los otros contra el inspector. Y no quedó duda de que aquel valiente estaba haciendo una mortandad, pero a la inversa. Simulando disparar hacia el frente, estaba atacando a sus propios cómplices eventuales.

Alguien, entre los forajidos, debió darse cuenta de la defección de Spencer, ya que se quedaron un momento indecisos, entre los dos fuegos. Y aquel momento lo aprovechó el descubierto para gritar:

—¡Adelante, jefe! Tire a matar y no se preocupe de más.

El hombrecillo aparentemente inútil estaba dando una muestra de heroísmo y de astucia a la vez. Comprendió el dilema en que su jefe estaba debatiéndose, y le pidió atacar contra viento y marea, sin importarle su propia seguridad. En aquella encrucijada de muerte, podía recibir plomo de manos de su propio y querido inspector, o concentrar todas las armas de los «gangsters», enfurecidos contra el tipo que había sabido infiltrarse en su organización criminal. Harry, herido y todo, no lo pensó más. En un verdadero huracán de metralla, se lanzó contra los bandidos que acechaban.

Tropezó con un herido, y cayó, en el mismo momento en que una ráfaga de ametralladora trazaba un «raid» mortífero. Tuvo la suerte de eludir la primera descarga. A la segunda no había que temerla. Doug Spencer se lanzó como una saeta contra el «killer» en el momento en que éste volvía la boca de fuego hacia él. Pese a su adiposidad, era el hombrecillo músculo puro, y pudo apoderarse del terrible instrumento de violencia.

Y con él en la mano, se convirtió en un segador codicioso ante un cuerpo de mies humana. Ahogó cualquier nuevo intento de «vendieta», dejando tan sólo cadáveres a su lado. Sólo el querido inspector, caído, fue respetado por aquella siembra a voleo. Y al quedarse único e imbatible, Doug se inclinó hacia el jefe y le examinó.

—¿Has terminado ya, Doug? —preguntó el inspector, con torvo gesto—. Haré que te expulsen del servicio por ese condenado y sanguinario temperamento.

—No está Burt entre los malditos, inspector —contestó Spencer, sin hacer caso del rapapolvo—. El muy cobarde debió comisionar a otros para cobrar el premio...

—Iremos a su casa —aseguró Harry—. Ya es hora de acabar con esta pandilla.

—¡Iremos! —Garantizó el agente Spencer—. ¿Y sabe usted, jefe, que vale ahora cien mil dólares su pellejo? ¡Los hay con suerte! —terminó, con cierto aire admirativo.

* * *

Atravesaron varias callejuelas, y al llegar junto al edificio, penetraron en él escaleras arriba. La vivienda de Burt estaba en el último piso, junto a las buhardillas. No por modestia, sino para tener un excelente camino de escape, el sanguinario bandido la había elegido entre otras muchas.

Al recibir la enérgica intimidación de rendirse, disparó contra el movable tabique que cerraba el paso a los representantes de la Ley. Disparó a mansalva, fiando al azar, que hasta entonces le había protegido; pero no contaba, como en el caso de la taberna de Jack, que la previsión de Harry había sabido improvisar una cuña en su propio terreno. Bobby Montoro había sabido encontrar, durante el tiroteo, un acceso a los tejados. Y desde allí disparó contra el gran asesino.

No le fulminó, pero atrajo la atención del «gángster» hacia él, que era lo que pretendía. Se cruzó un nutrido tiroteo entre los dos hombres, mientras los otros dos desplomaban la puerta. Y Doug, al ver a su compañero herido, claudicante al borde del alero, disparó, una vez más, con fría determinación. Si habían de castigarle por ensañamiento, que fuera con un motivo justificado.

Harry no tuvo que hacer otra cosa sino inmovilizar a la fierecilla que se debatía entre sus garras, y lo consiguió con un solo brazo. Cuando los dos agentes, heridos también, se hicieron cargo de su presa, no pudo hacer otra cosa que recostarse sobre un sillón, que empezó a teñirse, acto seguido, con su sangre generosa.

IX

JAQUE AL REY NEGRO

VERDADERAMENTE, jefe, podemos dar por terminado el asunto —explicaba Doug Spencer a Harry, en la clínica en que éste se hallaba hospitalizado—. Se encontró un fabuloso «stock» de drogas en la taberna de «Huracán». Que dicho sea de paso... ¡voló a mejor vida! —terminó, piadosamente.

—Lo encontraste tú, amiguito —polemizó, suave y firme el inspector—. De no haber conseguido introducirte en la organización, nunca hubiésemos sospechado que las drogas estaban dentro de los envases de licor, en un doble fondo hábilmente dispuesto. Tendré que mencionar el detalle para justificar tu excesiva combatividad...

El obeso «matador» de Kurt Maloney demostró que era tan contundente luchando como empleando argumentos. Parecía, por otra parte, refractario al halago.

—Olvida usted —dijo— que tengo derecho a manifestar cosas en mi descargo. Y entre ellas diré, de modo terminante, que partió del inspector Gold la idea de infiltrarme en la pandilla. Bastante es que los haya desvalijado a todos jugando a los naipes, y haber tenido que apuñalar a un «cop» de la Metropolitana... Gracias a este último atentado conseguí ganarme su confianza.

—A ver. ¡Explica eso! —pidió Harry, incorporándose en el lecho.

—No tiene gran importancia, jefe. La víctima cayó sin decir ni pío, cuando la atacué con mi puñal de goma. Y dio un alarido, que aún recuerdo con terror. Claro está que era un buen amigo mío... ¡y sigue siéndolo! Permanece escondido en casa de su «viuda» —recalcó—. Y franco de servicio.

Las risas de los dos hombres fueron cortadas al oírse en la puerta de la habitación un discreto tabaleo. Harry dio permiso, mientras la mano derecha de Doug Spencer se dirigía de forma mecánica al bolsillo de su americana.

Pero no tenían que temer nada, de momento. Al abrirse la puerta, se vio enmarcado en su hueco el rostro bellísimo de Vilma Hawthorne, que avanzó, vestida con albas tocas. Entró con un aire brioso y juvenil, adorable.

—A lo que parece, no son necesarios mis servicios aquí —indicó, al ver el aire regocijado de ambos policías.

Entonces, tal vez por la primera vez en su vida, Harry Gold

acudió a una argucia. Se retorció en el lecho, mientras se llevaba la mano y el brazo ilesos al hombro herido.

—Yo creo lo contrario —aseguró Doug, enfático—. Precisamente estaba distrayendo a mi jefe con unos chascarrillos para apartarle de sus tétricos pensamientos. No sé qué dijo el doctor de hipocondría y de neurosis progresiva.

—Me han dicho que me cuidó usted durante estos dos días pasados —dijo—. Y no puedo agradecerla suficientemente su devoción. Creo que estoy bien, pese a las palabras de Doug. El muchacho me estima más de lo que yo merezco.

De nuevo los colores volvieron a embellecer el rostro de la exmorfinómana. Acercándose al lecho y tomando asiento en él con la naturalidad que sólo posee una actriz o una mujer enamorada, exclamó:

—Pienso que quien le conozca ha de estimarle, inspector. Yo, por mi parte, tengo que agradecerle dos cosas: su afortunada y valiente defensa contra el gran hipócrita en mi hotel, y el esfuerzo que se tomó para alejarlo de allí, herido y todo. Sin duda, el escándalo hubiese arruinado mi carrera...

Harry inició una réplica, pero fue contenido por la bella. Por un procedimiento suave y eficaz: los deditos de Vilma formaron una adorable barrera en su boca.

Pero aquella escena idílica iba a verse interrumpida en su iniciación. De nuevo por la mano descarnada y brutal de la violencia, del odio. Charles Lebanon, sabiendo que no podría escapar —pesé a millones e influencias—, se dispuso a repicar la «hazaña» de Burt Parowan, penetrando en el *City and Country* Hospital. Ya que se le cerraban todos los caminos, podía utilizar el último y más siniestro: el de la venganza.

De momento, ni la joven ni Gold se dieron cuenta de que el anciano barbudo, vestido de blanco, que avanzaba a su encuentro con aire profesional, era el bandido que había conseguido escapar a toda pesquisa. Muerto Jack «el Rojo», muertos Parowan y Jones, así como una docena de sicarios del «boss», los esfuerzos policíacos se habían estrellado contra la astucia del tipo. Que había sabido buscar en tiempos favorables un buen escondite.

Accedió a que el tipo le auscultase, sabedor de que encontraría algo extraño en su víscera cardíaca.

—Extraordinaria pulsación, amiguito —anunció el bandido, con voz de falsete—. Jamás oí a un corazón batir con tal celeridad...

—Se trata de algo ajeno a mi dolencia, doctor —dijo Harry, lanzando una guiñada a la enfermera.

Todo era falso en la habitación. Parecía que, en virtud de una teúrgia diabólica, la ficticia vida del celuloide había invadido la estancia. Vilma Hawthorne no era enfermera profesional; el doctor, no lo era tampoco, y jamás un enfermo estuvo tan alegre y optimista como el inspector. El mero hecho de penetrar en la habitación Charles Lebanon, cambió la escena, antes afectiva y cordial, en una tensión insoportable. Pero ya el gran criminal abría de par en par su maletín médico.

—Hemos de calmar esa arritmia, joven —explicó, trabajando activamente—. Una recaída podría ser fatal...

—¡Pero si estoy perfectamente! —exclamó Gold, que sentía una aversión instintiva a la Cirugía menor de potingues e inyecciones.

—¡Bah!... —Denegó el bergante—. ¿Qué diría usted si yo me inmiscuyese en su labor policial? Se reiría de mí, desde luego... ¡No tema! —agregó, carraspeando—. En cuanto que le inyecte me iré, y le garantizo que ninguna nueva inquietud le atosigará.

La última palabra quedó flotando en la habitación como una cometa que arrastrase tras de sí la cola de infinitas sugerencias. «Atosigar..., tóxicos...». Era algo aparentemente absurdo, pues el hombre caracterizado tenía el aire decidido y efectivo de la eficiencia misma. Sus manos revolotearon como mariposas en torno al instrumental, dejando bien visibles a Gold la caja de donde extrajo el estimulante cardíaco. Un producto conocido y de bien demostrados efectos curativos.

Pero la mente «policial» del inspector trabajaba subconscientemente. La intrusión del obsequioso, la palabra atosigar, las manos que revoloteaban como mariposas inquietas, una lejana remembranza... Al fijarse en aquellas manos fuertes y ágiles, sin arrugas ni temblores seniles, que esgrimían la jeringuilla —como un arma, al fin y al cabo—, el cerebro de Harry trabajó a toda presión. Y en el último segundo, el brazo ileso detuvo la muñeca asesina, retorciéndosela. No costaba nada probar...

—Atrás, Charles. ¡Bandido! —dijo, un poco al azar.

Si el oficiante era un auténtico doctor, todo se reduciría a una explicación, muy en consonancia con el estado del enfermo; pero si respondía a la violencia con la violencia, con una sola mano se comprometía Gold a detener un nuevo crimen.

El bandido no soltó, desde luego. Murmurando maldiciones, trató de clavar la inyección en la carne que palpitaba a pocas pulgadas de él, en el inspector lastrado por su debilidad y los vendajes. Ya no le importaba que fuese el pinchazo en un sitio o en otro; el curare haría efecto con sólo tocar la epidermis enemiga, y

hacer brotar la sangre. Luego, aprovechándose del estupor de Vilma —ignorante de lo que pasaba—, la fulminaría asimismo. Era cuestión de segundos. Luego..., ¿qué importaba?

Pero Harry Gold no era un alfeñique. Aun sintiendo un terrible dolor en el brazo herido, no soltó su presa. E insensiblemente fue retorciendo la muñeca opresora. Gotas de sudor nimbaron su frente. Había visto claro, al fin, muy cerca del fin.

* * *

Cuando acudieron otros sanitarios a los gritos y consiguieron apartar a los dos hombres fundidos en mortal abrazo, la jeringuilla estaba en el suelo, rota y derramado su contenido letal. Pero ya había producido un rasguño en la piel de un asesino.

—Cuidado no vayan a clavarse con los cascos —pudo avisar Harry, sobreponiéndose al dolor propio para evitar el ajeno—. Estoy seguro de que tiene un veneno fortísimo...

No era necesario ser detective para ello. El rostro verdoso de Charles Lebanon era la mejor prueba. Y también de que la Justicia Divina se halla presente siempre, aun cuando fallen las más poderosas organizaciones al servicio del bien. El «boss», jefe de un sindicato de muerte, estaba en los preámbulos de una agonía de la que no podrían librarle todos sus millones.

* * *

El cuerpo retorcido, con los ojos vidriados, fue retirado por manos piadosas. Y en la habitación —luego de arreglados los vendajes y ropas del lecho— siguió Harry descansando... ¡y admirando!

—¿Cómo pudiste intuirlo, querido? —preguntó Vilma, a quien el dolor y el amor habían hecho animosa.

El inspector sonrió, de la forma juvenil que solía, antes de contestar:

—Me advirtió un ser alado y ciego que revoloteaba por la habitación. Tú le trajiste, Vilma —indicó, en su eterno deseo de atribuir a todos sus propios méritos.

* * *

La joven enrojeció intensamente de placer. Aquel célebre inspector tenía un modo tan original de declararse, que toda su vida, en lo sucesivo, sería una perpetua «cantata» amorosa, con matices siempre nuevos y divertidos.

—¡Dios quiera que no nos abandone nunca, aprendiz de policía!

—exclamó.

Harry se dispuso a protestar por el calificativo, pero no pudo. Otra barrera femenina se lo impedía, cruzada ante su boca. Pero esta vez eran unos labios, rojos y cálidos como la misma sangre.

F I N

R
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid) 10
Ptas.



Concesionarios
exclusivos en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA

[←1]

En español, en el original (N. del T.).